This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

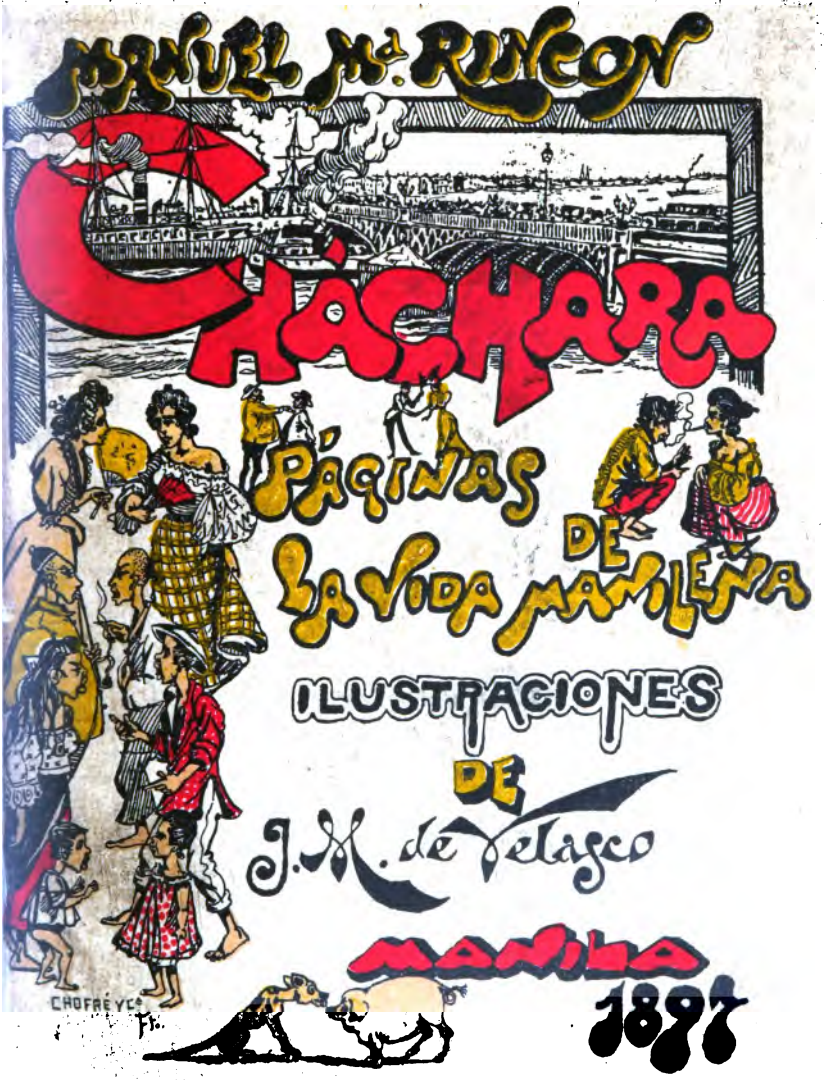
El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Oc 9105.2

HARVARD COLLEGE
LIBRARY

ANONYMOUS GIFT

DC 9105.2


MANUEL Mª. RINCON
CHACHARA
PÁGINAS DE LA VIDA MANILEÑA
ILUSTRACIONES DE
J. M. de Velasco
MANILA
1897
CHOFRÉ Y Cª Ft.

CHÁCHARA

Es propiedad del autor

TIPO-LITOGRAFÍA DE CHOFRÉ Y COMP.
Escolta 33 y Alix 68

CHÁCHARA

PÁGINAS

DE

LA VIDA MANILEÑA

POR

MANUEL M.ª RINCÓN

ILUSTRACIONES

DE

JULIO MARTINEZ DE VELASCO

MANILA

1897

Oc 9105.2

HARVARD COLLEGE
FEB 4 1918
LIBRARY

Anonymous gift

1/8-46
27

Al Sr.

D. Antonio Correa y Pomar

Mi siempre querido y respetado amigo:

Va V. á perdonarme el atrevimiento, en gracia de la intención que me guía, al dedicarle este pobre librejo, que, si no bueno, como cosa mía al cabo, como cosa mía también, objeto es de cariño ni

personas tan íntimamente relacionadas, cuando el Señor, que con solícito afán hacía los honores de la fiesta, advirtió que dos hermosas damas se miraban de hito en hito, como si nunca se hubiesen conocido. El Dueño de la celeste morada acercóse á las dos desconocidas y tomándoles cariñosamente la mano, hizo la presentación mútua en esta forma: "La Caridad"—dijo señalando á la primera:—"La Gratitud" —añadió señalando á la segunda.

Las dos grandes Virtudes miráronse aún más extrañadas: desde que el mundo es mundo, ¡era la primera vez que ambas se veían reunidas!

Esto dijo el gran novelista ruso y juro á Dios que si pudo ser cierto cuando Tourgueneff lo contaba y aún así lo parezca en muchos casos hasta la consumación de los siglos, reclamo orgullosamente una excepción en mi favor, concediéndoseme, á cambio de todos los de-

fectos que pueda tener, esa única virtud: la de la gratitud, que coloco frente á su caridad de V. para que se den la mano y vayan unidas cuanto dure la vida de su affmo. s. s. s. que le b. l. m.

Manuel M.ª Rincón.

Manila 1.º de Mayo de 1897.

EL COMBARCANO

LA primera desilusión que sufre el viajero á poco de haber embarcado con rumbo á estas tierras, es la que le produce la equivocación en que ha incurrido, al pensar lo que para él iban á ser sus compañeros de navegación.

CHÁCHARA

Herodes subvencionado por la empresa de vapores.

Ya desembarcaron todos; ya estos se fueron á provincias, aquellos tomaron posesión de su destino en la capital, los militares ingresaron en distintos regimientos, los frailes se fueron con sus comunidades, y el país se tragó á los *bagos* como charco que absorve unas cuantas gotas.

Pasa el tiempo; unos van, otros vienen, hay quien no se ha movido desde que llegó y quien lleva ya tres ó cuatro expediciones: se olvidan las antipatías, los *combarcanos* pasan á ser unas caras conocidas como otras cualesquiera, se encuentran en determinada ocasión, tratan de recordarse, caen al fin en donde se han visto y comienzan las preguntas por una y otra parte de aquello que no les interesa nada.

—¿V. por aquí todavía?

—Si señor ¡y lo que colea!

—Pues yo he estado ya en España dos veces: cada vez que me dejaban

cesante me iba, y allí, á trabajar de nuevo para volver.

—¿Y qué tal el viaje?

—¡Ah! No me hable V.; cada vez los odio más, y eso que ya, como conocedor de lo que pasa, desde que entro en el barco hasta que salgo, no hablo con nadie.

—Para viaje, el nuestro; ¿se acuerda V.?

—¡Pues no me ha de acordar! Y, á propósito, ¿que ha sido de aquellas dos chicas que venían casadas por poderes?

—Una se murió, la pobre; yo no sé qué médico se quedó con ella entre las manos al parir; á la otra no la conocería V., vive en Molo y se ha puesto gorda, gorda como un...

—¿Y aquel don Simplicio que se encontraba todas las bofetadas que se perdían en el barco?

—Se fué á los seis ó siete meses: por cierto que la colonia *inglesa* tuvo un gran sentimiento.

—Al que vi en Cadiz fué á aquel

capitán de Artillería tan alto... Andaba el hombre malucho de un brazo; de resultas de sus aficiones al toreo: tuvo una cogida.... ¿Y aquel de la Casa de Moneda, casado con una muy flamenca?

—Se murió también y ella se marchó con dos criaturitas. El que he leido que tuvo un fin desastroso, fué don Braulio, el comandante de Infantería de Marina.

—También lo leí yo; se degolló en Cartagena... ¡Qué barbaridad, lo de gente que se muere en tan poco tiempo!

—En cambio los hay eternos:: mire V. ese que pasa por ahí con el sombrero echado para atrás.

—¿Quién es ese... ¡Ah! sí: el *latero*... ¿Y qué? Será magistrado por lo menos?

—¡Cá hombre! Por ahí anda como yo, á caza de lo que cae.

—Pues ¿y aquella intimidad que decía tener con Antoñita?

—Se ha convertido en intimidad con los malabares, á los que cuenta historias tremebundas.

—Para historias, las que contaban en el barco. ¿Se acuerda usted lo que decían del médico de á bordo?

—¡Oh, no me hable usted! Cuidado si se inventaban atrocidades!...

—Me acuerdo que á V. mismo, decían haberle visto entrar en un camarote...

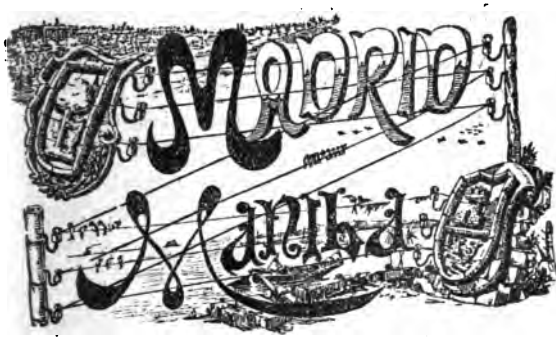
—Cuando yo, por no entrar, ni en el mío.

—¡Qué lenguas, querido, lo que se inventa en los barcos!

—Lo malo es que muchas cosas quedan luego como verdad, y la mitad de las historias que aquí se cuentan, tienen por origen lo que nosotros recordamos.

—Tiene V. razón, amigo. Dios nos libre de *combarcanos*.

—¡Amen!



HACE algún tiempo dieron los periódicos extranjeros primero y los peninsulares despues, en establecer paralelos entre poblaciones importantes de allende los mares, que, al verlos reproducidos por la prensa local, me sugerieron la idea de hacer lo mismo con la capital del Reino y la del Archipiélago.

Válgame el buen deseo de cuando lo hice: que ya hace tiempo—en 1889—y diré lo que dije entonces: si sale con barbas, San Antón y... á *paralelizar.*

Manila es una población que al crecer se ensancha; Madrid se eleva.

En Madrid, los monumentos artísticos tienen sabor de confitería; en Manila, de perfumería.

La gente de Madrid se distingue por su trato; la de Manila por su sueldo.

En Madrid á los pobres no se les ve la camisa y todos los ricos la llevan; en Manila, los ricos son los descamisados.

En Madrid, todos los días nacen sociedades; en Manila, todos los días mueren.

El calor de Manila derrite; el de Madrid reseca.

Madrid vive en la calle; Manila en la perezosa.

En Madrid se dicen muchas verdades; en Manila se callan.

El arbolado es la mayor belleza

de los paseos de Madrid; en Manila brilla por su ausencia.

En Madrid hay puentes sin río; en Manila hay río sin puentes.

Todas las cuestiones de la prensa madrileña terminan en política; todas las de Manila concluyen en gramática.

En Madrid se busca siempre el sol que más calienta; en Manila lo que se busca es una sombra protectora.

El órden público se mantiene en Madrid por militares de la reserva; en Manila se cubren estas plazas por militares en activo.

Los carruajes en Madrid van despacio en paseo; en Manila van á escape.

En Manila se ceden los coches la derecha; en Madrid la izquierda.

En Madrid se mira por el bien del peatón; en Manila se le tira á codillo.

Cuando Madrid se acuesta, Manila se levanta.

En Madrid el gusto es afrancesado en Manila, inglesado.

En Madrid engañan á la gente como

á chinos; en Manila engañan los chinos á la gente.

Los relojes de Madrid arreglan la hora por una bola; los de Manila por un cañonazo.

Cuando llueve en Madrid, se templa la temperatura; en Manila cuando llueve refresca.

Los madrileños llevan el calzado en los piés; los manileños en las manos.

Madrid es elegante; Manila es cursi.

El dinero de Madrid para Manila tiene premio; el de Manila para Madrid tiene castigo.

En Manila se cuenta por pesos; en Madrid por pesetas.

Los chicos en Madrid se suben á barbas; en Manila se introducen en el estómago.

En Manila están las bocas de riego en medio de la vía; en Madrid están en los costados.

En Madrid el blanquete pone á las mujeres amarillas; en Manila las pone azules.

Los cocheros en Madrid conducen á los pasajeros donde éstos quieren; los de Manila son llevados por los pasajeros.

En Madrid S. E. significa Sudeste, en Manila quiere decir Su Excelencia.

Los toros de Madrid son de cabeza, en Manila son de joroba.

En los banquetes madrileños, se presentan pocos platos y escojidos, en los de Manila, el caso es la cantidad, aún cuando la calidad sea ínfima.

El diminutivo en Madrid desautoriza, en Manila da categoría.

En Madrid se vive del ingenio, en Manila se vive á su costa.

En Madrid se pagan los *reclamos* periodísticos en dinero, en Manila se pagan en especie.

Madrid abre la boca para reirse, Manila hace lo mismo para bostezar.

La coleta exije en Madrid el traje ceñido, en Manila el traje holgado.

Madrid come de frac, Manila en mangas de camisa.

En Manila comienza el curso académico en Julio, en Madrid comienzan las vacaciones en el mismo mes.

En Madrid de un corral sale un teatro; en Manila todos acaban en eso.

El capital en Madrid se hereda á la muerte de su propietario; en Manila se desvanece como el humo.

En Madrid silban los *timadores* para avisarse; en Manila se avisan así los *veteranas*.

En Madrid se vive al día; en Manila, de milagro.

Madrid entero celebra una fecha: el 2 de Mayo. Una fecha análoga en Manila, el 30 de Noviembre, solo se celebra por un distrito; para los demás como si no existiese.

De Madrid á Manila se viene con un cargamento de ilusiones; de Manila á Madrid el cargamento es de desengaños.

En Madrid, ir al café es una necesidad: en Manila es un sacrificio.

En Madrid no se oye una campana; en Manila no se oye otra cosa.

En Madrid se vive con los padrinos, en Manila con los ahijados.

En Madrid, con coleta se entra en todas partes, y en Manila también.

FILOSOFÍA NATURAL

UE *Chichay* era muy guapa, os lo pueden decir cuantos la conocieron.

A través de su fina piel morena se veía correr una sangre llena de globúlos rojos, lo que daba á su fisonomía un sabor más andaluz que malayo.

No era el moreno pálido de estas tierras, sino el moreno sonrosado de aquellas otras.

Lo que más llamaba la atención de cuantos en *Chichay* se fijaban, que eran todos los que la veían, era su cuello.

¡Cuantas reinas de la hermosura y de la elegancia hubieran dado hasta su parte de paraiso por tener un cuello así!

Y lo más doloroso del caso es, que para su dueña no aprovechaba, porque, nacida en la clase humilde, estaba condenada á vivir sirviendo de criada y alternando con *batas,* cocheros, pinchès y demás gente ordinaria.

Lo de señoritos y no señoritos que le dijeron "buenos ojos tienes" no es para contado.

Pero la chica, como si nó; siempre con sus ojos bajos, respetuosa con sus amas y áspera como un cardo borriquero para sus galanteadores, no daba más que motivos de alabanzas á cuantos la conocían.

Siempre tan limpia, sin ese olor repugnante á aceite de coco rancio, de que tanto se abusa en este país para alisar el cabello; más de un *bagontao* pensó en hacerla dueña de su *bahae;* más de un caballerete imaginó deslumbrarla con presentes de valor.

Pero si; bonita era la niña para recibir obsequios de nadie. Lo mismo era acercarse alguien á ella con fi-

nes más ó menos santos, que la palabra *babui* salia sonora y expresiva de su fresca y limpia boca, dejando al enamorado sin grandes ganas de insistir en su pretensión.

Pasaban los días y las noches, siguiéndose unos á otros con esta filipina igualdad que todos conocemos, y la muchacha, entregada á sus faenas domésticas é incorruptible á todo lo que á enamoramiento oliera.

Y mientras más adusta se mostraba más iban aumentando sus encantos, redondeándose sus formas y haciendo adivinar que la modesta envoltura del traje iba encerrando cada vez más tesoros artístico-plásticos.

Llegó una mañana hermosa como *Chichay*. Esta, entregada á sus quehaceres, limpiaba los muebles, tarareando á media voz para no despertar á sus señoritas, la canción del *paletó*.

Un hombre de edad provecta, entra en la casa donde *Chichay* servía; sube las escaleras, apoyado en nu-

doso *palasan,* llega á la *caida* y al encontrarse con la joven, esta levanta los ojos y abandonando el plumero, se lanza en sus brazos exclamando:

—*¡Tatay!*

Era su padre, quién levantando el *palasan,* contestó á la salutación de su hija con una lluvia de palos, que ni los célebres del cojo en la plaza de toros de Madrid.

La muchacha rodó por el suelo accidentada, no siendo esto obstáculo para que el padre siguiera en su faena.

A los gritos, acudió todo el mundo, dueños y servidores, que lograron sacar de entre las garras de aquella fiera á la infeliz víctima, que yacía revolcándose, presa de acerbos dolores.

En uso de su perfecto derecho. el padre se llevó á la hija á su domicilio, en donde, á las pocas horas de llegar y en brazos de unas amigas y ayudada por un estudiante de cuarto año de Medicina, dió á luz con toda felicidad una niña sietemesina con un terrible verdugón en un carrillo.

.....

—¿Qué cosa? Amigo *Sendoy*, ¿puede arreglarse el asunto de la chica? preguntaba pocos días después la señora de *Chichay* al padre de esta, que había solicitado hablar con ella.

—No puede, ama; aquel *matandá Juancho,* casado también.

—¿Y que vas á hacer entonces?

—Nada, ama; si *vos* quiere, yo *ta empresta con V.* cuatro pesos para el *fiestajan* del bautizo...

—¿Como? ¿Lo vas á celebrar en grande después del disgusto que tuviste?

—¿Cosa va á hacer yá si nació viva?... *Siguro* yo pegué *plojo* aquel dia...

SABE V. quien se ha muerto esta mañana?

—¿Quién?

—Fernandez.

—¡No puede ser, hombre! Si lo ví hace tres dias en casa de Pertierra y estaba tan bueno...

—Pero como se ha muerto esta mañana...

—¡Calle V.! ¡Si parece mentira! Un hombre que parecía un toro...

—Paz á los muertos y nada de comparaciones.

—No; si lo digo porque rebosaba salud... No vaya V. á creer que yo hago caso de lo que se murmuraba.

—¡Pobrecillo!

—¡Tan jóven!

—Cuarenta y nueve años escasos.

—Y yá aspirante tercero de Hacienda...

—Una carrera loca.

—Bueno; él tenía muchas agarraderas.

—Que es lo que se necesita; en teniendo padrinos...

—Sí, el porvenir es de uno.

—Y de dos, porque su viuda también iba adelante: ¡pobrecilla! ¿cómo quedará ahora?

—Pst; ella tiene cuatro cuartos: algunos bienes raices, dos molinos... en fin, podrá ir tirando.

—¿Pero cómo ha sido eso, tan pronto?

—Nada, una calenturilla: se metió en la cama, le pusieron el termómetro, y arriba, arriba, hasta que estalló la caldera.

—Vivimos de milagro: yo no sé cómo se queda una persona decente en Manila en estos tiempos.

—Sí, porque no se mueren más que personas decentes.

—Todos los pillos tienen suerte en cambio. Mire V. á ese Franco, no hay quien le mate, y eso que está *curda* por la mañana, *curda* por la tarde y *curda* por la noche.

—Sí, está condenado á *curda* perpetua.

—Con el pretexto de que tiene males morales, se los cura con *cognac*

—O con ginebra.

—No puedo con él.

—Pues á mí me *repite*.

—Que le vayan á ese con calenturillas...

—¡Ni con tiros, hombre!

—Y el muy cínico dice que está tomando ahora la *antipirina*.

—Bueno: es una manera honesta de disfrazar sus *moscorras*.

—Yo conocí un señor en Sevilla, que tomaba la manzanilla en *charera* y decía que tenía malo el estómago.

—Pues en Soria había un comerciante que le apodaban don José *Chupin*, porque llamaba *chupines* á las jícaras de chocolate y se tomaba unas sesenta diarias.

—¿De chocolate?

—¡Quía! Ese era el pretexto: lo que tomaba era *Chateau-Peleón* en jícaras.

—¡Lo que inventan los beodos pudorosos!

—Anda, pues ¿y aquel que se tomaba una copita de agua haciendo gestos y luego se enjuagaba con un vaso de Chinchón...?

—Sería el cuento de nunca acabar, pero el alcohol debe ser una gran cosa para las calenturas, porque ya vé V. que casi todos mueren de otra cosa.

—Lo que no deja de ser un consuelo.

—No lo es, pero eso de que esté V. hablando hoy conmigo, tan bueno y sanote, y que mañana le veamos de cuerpo presente...

—¡Hombre!

—Es una suposición.

—Podía V. haber supuesto otra cosa cualquiera....

—Vaya, ¿á que salimos con que es V. aprensivo?

—No es que lo sea, pero convenga V. en que no tiene nada agradable el que lo metan á uno en la *anaquería* de Paco, sin comerlo ni beberlo.

—¡Quite de ahí, pusilánime! Con la mano de sarpullido que V. tiene, no hay calentura que le entre.

—¡Ah! ¿con sarpullido no hay cuidado?

—Mientras lo tenga V. esté seguro de que no le pasa nada.

—Pues ese pobre Fernandez parecía una remolacha y sin embargo...

—Es que se le quitó en cuanto apareció la fiebre.

—¿De modo que el sarpullido es una

patente de salud, mientras está uno bueno, y en cuanto enferma...?

-Se fué.

—¡Pues me ha dado V. la gran tranquilidad! Ya veo que tenía mucha razón aquel señor Obispo de Cebú, cuando hablaba del país y de sus condiciones *salutíferas*.

—¿Qué decía?

—Sobre poco más ó menos lo siguiente, aunque no me acuerdo bien:... Este es un país hermosísimo, como hay muy pocos en el mundo; pero en él hay que tener un poquito de cuidado, sobre todo al principio, por que el primer año que aquí se pasa, con vida tan distinta de la de Europa, hay su poquillo de exposición: el segundo año tampoco es muy bueno, porque la sangre se va cambiando y cualquier accidente que se sufra puede tener resultados funestos; pero pasado esto... ¡ya no se tiene un momento seguro!

LA CAIDA DE LA TARDE

RACIAS á Dios que se respira un poco... Esta es la única hora en que se puede salir á la calle para distraer algo el ánimo y disipar las negruras de la nostalgia en espera de las de la noche.

¿Y á donde me dirijo?... Los que no disponemos de coche propio ni de un peso de sobra para tomar uno de alquiler, tenemos que echar nuestras cuentas para pasear y no cansarnos, pues la vuelta siempre es penosísima.

Vaya... iremos al antiguo paseo de Santa Lucía; como quien dice, el paseo de melancólicos... Por allí no iba antes más que gente de luto y pobretones como yo... Miento, también iban las embarazadas, que dában así sus paseitos higiénicos sin que las viesen más que los de poco más ó menos y esos, ya se sabe, no son público.

¡Cómo está la calzada!... Y la no calzada, porque este sitio de peatones es para descalzar á cualquiera... Así se ven las estrellas á cada paso y hay que pensar por consecuencia en el cielo.

¡El cielo! Que hermosísimo se nos presenta á estas horas. ¡Parece mentira que pueda ocurrir nada malo bajo él!

A mi, cada vez que lo veo en una tarde como ésta, me acuerdo de *García del Espinar* y de aquella sentidísima *Puesta de sol* que publicó una vez en *El Comercio*, escribiendo con el corazón en la punta de la pluma.

Allí están las nubes con sus incopiables matices y el brumoso Mariveles enseñándonos que á las puertas

de Manila existen razas primitivas... Las mismas olas besando las playas de la civilización y las del salvajismo...

¿Puertas dije? Si; es cierto... También se ven más á la izquierda, aunque es más bien el sentimiento el que las divisa.

Por aquel hueco entré una noche con un cargamento de ilusiones que los pícaros aduaneros se empeñaron en no dejarme pasar, por considerarlas contrabando.

Hicieron bien, ¡para lo que sirven! Vayan benditas de Dios y bien se están en el fondo de la bahía.

¡Eso es... échate encima y atropéllame, hombre; tienes sitio y has de venir á interrumpir mis meditaciones, inclinándote contra el desvencijado poyo de piedra en que descanso... Por supuesto, que no tienes tú la culpa, cochero incivil. Vuestro oficio es portaros mal: por eso se dice cuando hay quien hace una atrocidad—se portó como un cochero.—La culpa está en vuestros amos, que tienen una

borrachera de coche, de la que ya despertarán cuando menos se lo esperen.

Andad; id á la Luneta á oir la música... A mí me basta con estas ráfagas que llegan de vez en cuando... Lo malo es que las acompañan otras que no convidan ciertamente á la delectación de los sentidos.

¡Hola!... Si señor; un viejo completamente... Pst... Pensando en las Batuecas, por pasar el rato... No señor, muchas gracias; de aquí me vuelvo á casita... No señor, no es que me guste la soledad; más como á nadie le agradan las caras tristes, de ahí mi aislamiento... Muy buenas, divertirse.

Sí; vé y diviértete por los dos, si puedes... Es una ventaja ser así... Dicen que todos los viejos se hacen egoistas y no piensan más que en su persona, cuando no han tenido habilidad para formarse una familia.

Estoy deseando llegar á viejo para ser también egoista y no tan *Alcalde de Totana* como me sucede ahora.

Pero no se puede remediar; lo que viene con el capillo se marcha con la mortaja y cambiaré de modo de ser y pensar cuando la rana crie pelo.

¡Egoista! Ser egoista quien tiene pedazos de su alma allá, lejos... muy lejos y se los acerca con el pensamiento y vé dolorosamente que nada puede hacer por mejorar su suerte... y quiere ir con ellos... y no puede, porque su marcha es la muerte de la esperanza de todos... y tiene que *querer quedarse* y ver en lontananza un porvenir como el de ese pobre muchacho que enterraron esta mañana, suicida de la miseria, que, sabiendo que la enfermedad le mataba quedándose, *no pudo* querer irse; y sus ojos se cerraron porque una mano extraña los cerró y le acompañamos media docena de conocidos, que trás una misa rezada, le vimos colocar en un nicho, del que hubo que sacar los restos de otro *inquilino*...

¡La *jota aragonesa* está tocando

en este momento la banda de música... Venga en instante feliz esta gota de agua á refrescar la sequedad de mi espíritu... La brisa refresca también... ¡Fuera ideas tenebrosas...! Las ánimas suenan y el estómago grita.

A casa... huyamos de estos lugares iluminados por el municipio para hacer resaltar más la obscuridad del fondo.

Adios, paseo solitario; adios, asiento confidente de mis melancolías; adios, olas que esta noche venís hipócritamente á lamer la orilla, cuando sé que sois capaces de comeros eso mismo que acariciais; adios, tacón de mi vida, que te has quedado ahora mismo en una desigualdad del terreno... El paseo de hoy me cuesta un artículo y un par de botas.

BAGUIO... FRUSTRADO

OY, *bata, alicadito*... Anda pronto, hombre ...Tú, Dorotea, á ver si haces que pongan una palangana en seguida

encima del velador, que está mojándolo una gotera... ¡Por vida de los arquitectos de Manila y de las casas y de los chubascos...! *¡Ooooy, Sendo...* ¿Pero no te hé dicho que vengas, animal?... ¡Qué caballos ni qué narices? Lo primero somos las personas... Cierra esa puerta del balcón... atranca bien... con un mecate y un palitroque... ¡Cuidado, esa lámpara... ¿No lo dije? ¡Bestia! el tulipán, el tubo, el depósito... ¡todo hecho añicos, me caso en Ronda! Y el petróleo por el suelo,...! Por vida del dios Baco!... Anda, otra gotera en la cama; pón otra jofaina, mujer... Pues el *bidet*, cualquier cosa, ¿quieres que me acueste en un charco?... Reniego del tiempo y... Sigue bajando el barómetro... Tienes razón... Centrál... Centrál... Ceeeentraáal... Pero hombre ¿está V. sordo?... ¡Qué dispense ni qué calabazas, si hace media hora que estoy llamando?... Pues si los hilos se enredan no pasa lo mismo con los recibos; para eso sí que son ustedes puntua-

les... Bueno, pues comunicación con el Observatorio... ¡Qué gracia! ¿Conque incomunicado? Pues con Comunicaciones... ¿Tampoco?... Pues con el Nuncio, si á V. le parece... No; si lo que yo quiero saber es como estamos de tiempo... ¡Zapateta! ¿Por Manila mismo?... No, nada más, adiós... ... Ya lo sabes Dorotea, pasa por aquí

el vórtice!... ¡Toma! como que se lo ha dicho el mismo padre Saderra... Pues nada, atrancar y cerrar todo y pedirle á Dios que no nos haga volar... ¡Anda, como suena el techo... Pero señor, esta casa es una regadera... Quitad ese armario de ahí... Un *lampazo* aquí debajo... ¿Yó qué hé de ir á la oficina? estás loca?... ¡Esos niños, por los clavos de Cristo, que se quiten de ahí... ¡Quietos, caanastos!... Bueno, sí, pón tres mudas en la maleta... pón también las alhajas y las papeletas del Monte... Conque el dinero ¿eh?... No, no tengas cuidado, eso no se lo llevará el baguio...ni las cuentas tampoco...Pues hija, lo siento mucho; pero yo no voy á ir á Mariquina en busca del lechero... No, es que estamos en el vórtice, por eso no llueve tanto: verás, ahora tendremos dos ó tres horas de calma y luego ¡el acabose!... Bueno, porque tú no estabas en Manila el ochenta y dos, ¡aquello si que fué terrible!... Volaban las criaturas como

palomas; ya ves, á un chino lo cojieron en el campanario de Santa Cruz... No lo ví yo: pero me lo han contado... Si fué atroz, si una fragata se metió en una casa de la Ermita y sacaba la punta por la calle de la Marina... ¿Qué tiene que ver lo del otro dia? Aquello no fué más que un ramalazo, pero hoy que tenemos el vórtice encima..., ¡yá verás lo que es canela!... Déjate, déjate de mandar abrir; que enciendan las luces y comeremos como si fuera de noche... ¡Cualquier cosa!... ¡Otra que tal! el cocinero y el lechero están hoy de fiesta... Andarán bañándose como patos en Sampaloc, sin acordarse de los pobrecitos amos, que están con el alma en un hilo... Sí, para siestas estoy; lo que deseo es ver si esto se acaba, porque me pudre la sangre estar con esta inquietud... ¿Que nó? Como que te creerás tú que el Observatorio no sabe de eso... ¡Claro! Profetas no son; pero mira tú, cuando dice el parte, "vientos duros

ó bonancibles" como acierta siempre... ¡Oh! la Meteorología es una cosa superior!... ¡Que sube el barómetro? No puede ser! O sí; tal vez esto sea el principio del fin... Mira; ya caen gotas otra vez... ¿No te lo dije? Ahí está el viento... Vaya, sea lo que Dios quiera! Niños, aquí con mamá, no moverse... ¿Eh?... *¿Cosa tú?*... ¡Ah vamos, el periódico... A ver lo que dice del tiempo... ¡Recontrajudias!... Pues nada, que el baguio se aleja y ya no hay ningún cuidado... ¿Lo ves tonta, como no conduce á nada el asustarse?... Si te lo tengo dicho; aquí no hay temor de que pase nada... Total ¿qué ha sido? Cuatro chaparrones y unas rachillas de viento... ¡Luego dicen que los andaluces, señor! ¿Habrá parte del mundo donde se exajere más que en Filipinas?

DE "FLANEO"

ICHOSOS, oh, vosotros, los que por la mañana no teneis otra precisa obligación que la de no hacer nada! ¡Dichosos, oh vosotros, los que levantándoos "á las mil, como quien sois" os vestis el *coquetón* traje blanco y pián pianito os vais á la Escolta, dispuestos á invertir tres horas en ir

y venir por una y otra acera, fumando cigarrillos, diciendo chicoleos á las mujeres, estorbando el paso en los sitios de más tránsito y contemplando las musarañas á falta de mejor diversión!

¡Cuanto os envidiamos los que un día y otro, y un mes, y el año entero, teniendo tan buenas disposiciones ó mejores quizá que muchos, para entregarnos con verdadero furor al descanso, esperamos el domingo como el santo advenimiento, para poder gozar en un día, lo que vosotros ¡egoistas! disfrutais durante una semana entera!....

Si alguna vez me encuentro en condiciones de ser vecino pudiente de la capital no tengais cuidado de que aspire á ser concejal, ni siquiera individuo de ninguna de esas mil juntas directivas que se conocen, ni aun correspondiente de sociedades extranjeras, fundadas para fomento de seseras vacías; nada de eso; me dedicaré única y exclusivamente al

flaneo. ¡Cuidado si es hermoso eso de pararse en la puerta de una tienda *de moda* y allí, en unión de diez ó doce desocupados, formar sabrosa *peña* y estarse charla que te charlarás, obstruyendo la entrada del establecimiento,—lo que, como se comprenderá, hace la *mar* de gracia al tendero—y arreglar al país en cuatro palabras, la sociedad en dos y el mundo en una!

Después de tan amena discusión vienen las historias galantes y las aplicaciones prácticas á los personajes que pasan por delante del grupo y la caza de piés al *ojeo*, para la que algunos demuestran dotes excepcionales.

Sabueso de esta clase conozco, que se sabe de memoria los colores predilectos en las medias de nuestras más conocidas damas, llevando la cuenta tan al dedillo, que con solo mirar, les dice á ustedes cuales son las que *repiten*, porque en esto de las medias pasa lo que en la ruleta: que muchas juegan á la repetida, sea porque no hay material suficiente para la sustitución ó por causas en cuya *espesura* no hemos de penetrar.

No diré el nombre, que para estas cosas soy muy reservado, no lo puedo remediar; pero conste que hay un sujeto abonado á turno matutino en la acera derecha, que no perdona una siquiera de las que bajan del coche, aunque tenga que correr como

un galgo y, es seguro; la que no pesca á la bajada, á la subida no se le escapa, y es tal su monomanía por esta clase de investigaciones, que presume de conocer el carácter y la procedencia de las mujeres por lo que les vé.

—Mire V.,—dice á otro, que como él consume el tiempo de igual manera,—aquella que vá á bajar allí del *quilez*, es de *Canillejas*; me consta; su padre tenía mucha afición á los tambores, de ahí los palillos que V. verá, si el tiempo no lo impide.

—¿Cómo el tiempo?

—Sí, porque consiste en el dependiente que vaya á servirla: si es de los aficionados á que el público les vea en plena calle, ejerciendo sus funciones de *simpáticos* á las parroquianas, salta á escape el mostrador y se mete en el carruaje de cabeza; ahora, si es de los comodones, ó ya ha figurado en listas de elegibles para cargos municipales, espera á que vayan á buscarle y entonces disfrutamos los paseantes... Aquella otra,

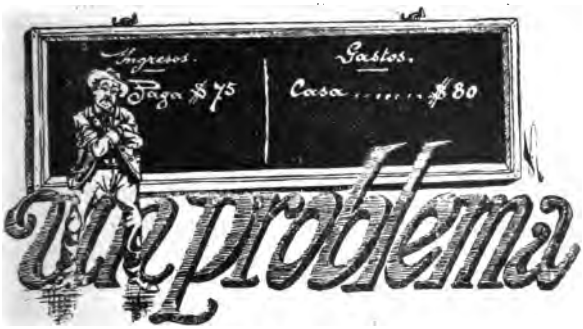
yo bien me sé donde le aprieta el zapato, y conste que no lo digo con segunda; le aprieta porque le aprieta... Será porque tenga más medida de la que se ha propuesto tener ante los ojos del público y, ya se sabe lo que sucede cuando nos empeñamos en que entre un objeto grande en un sitio chico: se pasa Dios y ayuda; de ahí que con tanta facilidad descubran muchas el pié de que cojean... Yo, no lo puedo remediar; como á mi me gusta todo lo que sea holgado, paso la pena negra cuando veo á una criatura padeciendo por esas estrecheces.—

Esto y mucho más vén los amigos de *flanear* á diario y como pintan y describen su vida *escoltera* con tan vivos matices, los que no podemos, estamos, que el domingo nos falta tiempo para ir á situarnos en el *observatorio*.

Pero nada: los domingos son días perdidos completamente.

Solo se vén carruajes que pasan á escape, conduciendo á sus dueños ó

dueñas, que ván y vienen de misa; mucho hombre, pero mucho hombre, que maldito lo que á los hombres puede importarles y... pare V. de contar.



SI como en las matemáticas, para los que son listos no es de difícil solución lo que para la generalidad es un monte, los problemas de la vida práctica no lo son tampoco para la gente

de dinero, siendo, en cambio, punto menos que imposible de resolver para los que tienen que dar veinte vueltas á un peso antes de gastarlo.

Y, miren ustedes por donde los ricos pueden pasar por hombres de talento, cuando se ha dicho por no sé qué sabio ó filósofo, que la riqueza es el patrimonio de los tontos.

¡Sí! Vaya unos tontos! Para tonto y para simple el que lo dijo, que sería algún pobretón, que, no sabiendo como vengarse de los desdenes de la fortuna, la insultaba.

Pero, digresiones aparte, vamos al problema que pretendo presentar, por si hay algún alma caritativa que quiera resolverlo, ó, por lo menos, dejarlo en condiciones de fácil realización.

Si se suman los viajeros que llegan á Manila durante un año y se efectúa igual operación con los que se ván, con seguridad ha de encontrarse una diferencia bastante notable á favor de los que se quedan.

Hágase igual suma de casas que se

construyen y casas que se van quedando viejas, y se verá, no digamos que sean más las que se caen que las que se levantan, pero dejémoslas en igual cantidad.

Y resulta que, como el vecindario aumenta y los edificios no son de goma elástica, no cabemos en la población, y el desgraciado que busca domicilio para instalarse, antes se vuelve mico que encuentra lo que desea.

Entiéndase, sin embargo, que esto no reza más que con aquellos que no disfrutan de grandes bienes, porque para los poderosos, siempre las dificultades se allanan con la milagrosa varita monetaria.

¡Pero de lo que Manila tiene fama, precisamente, es de rico!

Sí: como distinguidos, elegantes, buenos sujetos, aristocráticos, etcétera, etc., sí que hay muchos; pero ¡con dos pesetas!... ¡Qué contaditos son!

Y, sin embargo, hay que vivir en alguna parte, porque en medio del

arroyo no nos lo permitirían. ¡Y échese V. á buscar casas con arreglo al modesto pasar que V. disfruta!

Yo no sé, estos propietarios, lo que se figuran que son los inquilinos, de los que, al fin y al cabo, viven.

Todo el que construye una casa, por regla general, si es con el fin de alquilarla, hace de ella un avispero de habitaciones, arriba y abajo y en los costados y detrás y delante.

Llega la *víctima*, visita el edificio, vé que le sobra mucho local, que con la mitad y aun con su tercera parte tendría bastante; pero como ya le duelen los huesos de subir y bajar escaleras sin resultado, pregunta precio.

—Ochenta pesos, le dicen, por ejemplo.

—¡Hombre! suele contestar el *solicitante*, de oficial primero ó capitán para abajo, ¡si casi no cobro yó tanto!...

—¡Bah! La casa es baratísima! Ya vé V., tiene cuadra y cochera...!

—Si yo no tengo más coche que mis piernas, ¿de qué me sirve?

—Cuatro entresuelos á la calle, cinco interiores.

- ¿Y qué hago yo con tanto entresuelo?

—Los alquila V. y puede sacar la casa de balde.

—Eso es, y no los alquilo y los ochenta pesos caen como ochenta estacazos sobre mis costillas. Alquile V. todo eso y déjeme á mí lo que necesito, por un precio más bajo.

—¡Oh! No señor. Yo no me entiendo más que con un inquilino. *V. cuidado* en eso. Si no encuentra vecinos, peor para V., y si los encuentra, mejor; pero yo no me meto en esos líos.

¡Pero, propietarios de Dios! ¿Por qué, en vez de esos caserones inmensos no hacen ustedes casitas más *racionales*, todas independientes, en las que cada familia viva sin dar cuenta á nadie de sus apuros y estrecheces?

Tengan presente que la población verdadera está compuesta de perso-

nas de la clase media, que *se darán* todo el tono que se quiera; pero que no tienen *monises.*

Yo creo—y perdonen ustedes, mi osadía, señores caseros—que no entienden ustedes el manejo de sus intereses y que ese afán por sacar mucho de una sola *viña,* les hace que se les seque en no pocas ocasiones.

Ochenta pesos, ya que puse antes ese tipo, ochenta pesos digo, representan una pérdida muy regular al cabo de unos cuantos meses, si la casa no se alquila.

Pues bien; si en vez de una casa de ochenta pesos se hicieran tres de treinta, habiendo espacio para ello, y las tres con sus puertas distintas y sin tener un vecino que ver nada con otro, con seguridad que no estarían vacías tanto tiempo, y por lo menos, de las tres, alguna habría ocupada, lo cual no representaba tanta pérdida.

¿Pero qué veo? ¿Pues no me estoy metiendo á dar consejos á la gente rica?

Vaya un caso que me harán, pensando y con razón;—¿A qué vendrá este diciéndonos lo que tenemos que hacer, cuando con todos sus razonamientos no tiene un cuarto y nosotros con nuestras *aberraciones* nadamos en la abundancia?

Perfectamente: si discurren de este modo, vendrán á convenir conmigo en lo que dije al principio.

Que el vivir en Manila, dada la especial manera de entender el *negocio* de las casas, es un problema.

Imposible de resolver por las clases modestas de nuestra sociedad, mientras las poderosas no lo den resuelto.

ECLECTICISMO

N ninguna parte del mundo como en este remoto rincón, podrán encontrarse más partidarios de tal escuela filosófica.

Desde el momento que desembarca un *bago* ó le salen los dientes á un *oriundo,* cátenselos ustedes hechos unos perfectos *eclécticos*, espontánea-

mente, sin necesidad de haberse quemado las pestañas con metafísicas, ni haber desecado sus glándulas salivares á fuerza de defender en cátedras y ateneos las ventajas de su sistema á grito pelado; frase que dá mucho que pensar, puesto que hace suponer que pueden darse gritos más ó menos peludos, es decir, que hay ocasiones en que para discutir, es preciso tener al lado un barbero.

El primer caso de *eclecticismo* que puede ver un curioso, es la siguiente muestra de establecimiento:

Fulano de Tal, talabartero y sastre.

Es decir, *Fulano de Tal,* sastre de animales ó talabartero de personas.

Esto, á primera vista y aun á segunda, se resiste un poco, porque no es muy agradable para un parroquiano que se haya mandado hacer una levita, encontrarse con que le envíen una montura á la medida.

Pero convengamos en que esta combinación de industrias está bien entendida, porque en vez de decirle á un sujeto más ó menos retrasado de inteligencia;

—¡Qué animal eres!

Puede decírsele;

—Ya sabemos donde te vistes.

Que siempre es frase menos dura al oido.

Otro caso de *eclecticismo*.

¿Qué dirán ustedes que se venden en las sombrererías?

Sombreros, bueno; eso no tiene nada de particular.

Pero se venden también zapatos.

Y no debe extrañar semejante casamiento, porque si muchos piensan con los piés, natural es que los zapatos les sirvan de sombreros.

Más choca, al pronto, la mezcla de estos artículos, con otros que se espenden en los mismos comercios.

Porque no solo se venden sombreros y zapatos, sino bombardinos,

figles, clarinetes y demás instrumentos con ó sin embocadura.

No ha muchos días, mandaba un caballero una nota á una tienda de las que se trata.

La nota decía:

Vale por un bombo.

El comerciante envió una tambora y un sombrero de copa para que el interesado escogiera.

¿Quién no ha visto esas tiendas de comestibles, donde al lado de los jamones viven pinceles, latas de pimientos, bujías esteáricas, condecoraciones, habichuelas, botonaduras, espejos y artículos de fantasía?

Todos esos efectos, aunque parezca que deben andar á mordisco limpio, gozan de la más completa cordialidad.

Porque si á una persona sin necesidades, un objeto de fantasía le agrada, para un cesante hambriento, en cambio, nada hay más fantástico que un jamón.

Un dentista con ser dentista, tiene bastante; aquí los hay además escultores.

Resultado; que, entusiastas por su profesión, os extraen media docena de raigones con el mayor arte del mundo y entusiastas por el arte, al venderos una escultura os sacan una muela.

Aquí se ven individuos que son escribientes por la mañana, cocineros por la tarde y músicos por la noche; empleados ó militares que lo mismo despachan un expediente, que mandan una compañía, que asisten á un parto, que tiran tarjetas al minuto; dueños de soberbios palacios,

con tiendas de *sari-sari* á las puertas de su casa; personajes de gran brillo, alquiladores de quilez y carromatas....

Y no toquemos otras cuestiones, que si al principio parecen rechazarse, luego resultan inseparables.

De todas, la que más se resiste, y sin embargo, trás la que más vamos los que emborronamos cuartillas, es la combinación, la armonía, la unión amistosa de las letras con los garbanzos.

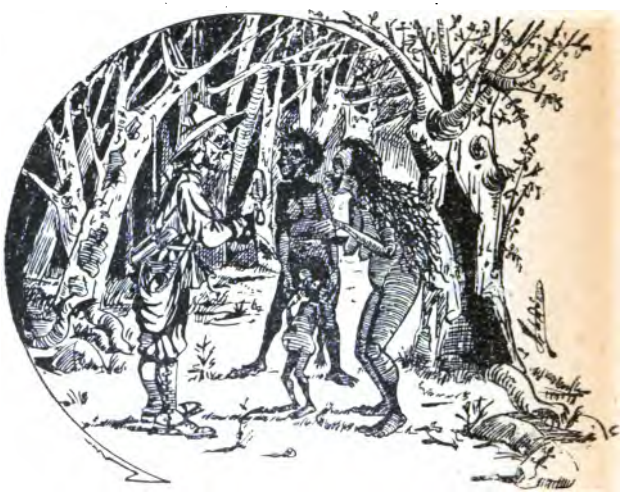
El día en que suceda ese milagro, si que podremos decir:

¡Ese es el verdadero *ecliecticismo!*

EL CUERVO

SE lo encontró en el bosque, un chiflado de esos, que se pasan la vida exponiéndose á enfermedades y otras cosas peores, por descubrir una alimaña, una flor ó una piedra rara, con que enriquecer los museos, dándole un nombre latino.

Lo llevaba una pareja de remontados, sin más traje que la obscura piel con que la Naturaleza cubrió sus formas, y tan estropeada y tan llena de boquetes se hallaba, que no parecía sino que, al menor movimiento, se le fueran á salir por ella los huesos, fáciles de contar y estudiar por un anatómico, así como todo su sistema muscular, sin necesidad de recurrir á la disección.



Naturalista y salvajes, entendiéndose por señas, llegaron á un acuerdo, después de una larga *interview*. A ellos les gustaba mucho un espejito de bolsillo que aquel llevaba y en cambio les estorbaba el pequeño, que no era más que una boca para comer.

El naturalista no tuvo inconveniente en deshacerse de aquella chuchería, quedándose en cambio con una criatura, á la que libraba de una vida de trabajos forzados perpétuos, sin intervención de las leyes de los paises civilizados.

Los padres—que lo eran, aunque parezca mentira—se fueron tan contentos, dando saltos y brincos de satisfacción, interrumpidos por frecuentes carcajadas, en que les hacia romper la reproducción de sus grotescas figuras en el cristal del espejito.

El chico se quedó tan conforme, hurgándose las narices con una mano y metiendo la otra en el morral de las provisiones de su dueño.

Este tuvo una satisfacción tan grande con el *ejemplar* que habia encontrado, que dió por terminada su expedición.

Pero el chico estaba mùy cansado y se negaba á andar, por lo que el naturalista, movido á compasión, se lo echó á cuestas y así volvió á su punto de partida.

Anatolio fué el nombre que recibió, por ser el dia de su santo el en que entró en el mundo civilizado y como sus seis ó siete años que representaba, daban á entender que era un chiquillo listo y dispuesto, su protector, que no tenía más que su persona y unos cuantos cuartejos ahorrados, en compensación de su avanzada edad, determinó depositar su cariño en aquel sér, que le debia, puede decirse que la existencia y que, por lo tanto, habia de pagarle con gratitud sin límites.

Efectivamente; listillo, si que lo era y en poco tiempo se impuso de la lectura y la escritura, encantando

al que ya, hasta hijo le llamaba y en fuerza del cariño que le tenía, le dispensaba algunas travesuras, como eran, entre otras, la de no dejar peseta tranquila en sitio donde la hallara trasconejada.

En vista de su disposición para el estudio, el bueno de D. José, que así se llamaba el sábio de mi historia, determinó dedicar á Anatolio á algo más importante que á su servicio y le matriculó, después de adoptarle y reconocerle ante las leyes como hijo y heredero de lo poco que pudiera dejar en el día de su muerte.

Resultó que el muchacho no era ninguna lumbrera; pero como somos tan aficionados á las *relatividades*, bastaba saber su procedencia y hasta ver su poco agraciado tipo, para convertir en notable lo que en otro cualquiera hubiese sido vulgar.

Pero si Anatolio no poseía luces naturales, de esas que sorprenden, en cambio tenía desarrollado el sen-

tido de la soberbia en un grado tal, que todo aquello que en su favor se hacía, para estimularle, traducíalo por justicia seca, si no encontraba todavía que se trataba de posponerle en beneficio de otros, que, según él, tenían menos merecimientos, pero más suerte en su venida al mundo, por lo que les guardaban más consideraciones y les hacían más merced que á él.

Y de este modo se fué despertando en Anatolio un sentimiento de odio hácia los demás, que, por la debilidad de estos, se traducía siempre en favor de él y que por un fenómeno tan difícil de explicar como fácil de comprender, le hacia ver todas las indulgencias que con él se tenían, como injusticias marcadas.

Así llegó al término de una carrera, con la que no soñara ni mucho menos cuando fué recojido en el monte y, como sus antecedentes le acompañaban á todos lados á donde iba, seguiále con ellos la au-

reola de notabilidad que, caso de haber nacido como los demás, no solo no hubiera existido, sino que le habría dejado en su esfera natural de individuo insignificante.

Más, como los extraños le consideraban y atendían, los propios le admiraban, y al ver estos que Anatolio se quejaba constantemente de las *vejaciones* de que era objeto, haciánle un ser postergado y concluían por darle un tan falso como brillante prestigio, que, explotado hábilmente por los mal intencionados que se buscan un nombre hablando á los demás de lo que no entienden; convertían ante las gentes en héroe de novela, al que no era más que un ambiciosillo, lleno de malas pasiones y de ignorante audacia.

Y véase como Anatolio, que salió de la nada, merced á un hombre generoso que hizo por él lo que sus padres no hubiesen hecho nunca, llegó á ser un personaje importantísimo, tanto, que se avergonzaba de deber

lo que era á un pobre hombre, que en toda su vida no supo otra cosa que dedicarse á la ciencia y al estudio, para recibir, al cabo de sus años y próximo yá á abandonar este mundo, como fruto de su obra, una ingratitud horrorosa.

Anatolio quería partir lejos de su tierra. D. José trataba de convencerle, para que no hiciera tal cosa, porque no contaba con fortuna para mantenerle fuera de su lado.

Anatolio tradujo esto por egoista deseo de perjudicarle en su porvenir y, desoyendo los consejos de su protector, tanto trabajó en pró de su idea, que logró verse en camino de la tierra de sus aspiraciones.

Más como durante su travesía falleciese D. José y los fondos que dejó fueron más de honra que de provecho, Anatolio, lejos del teatro de sus fáciles triunfos y falto de dinero, que es la gran palanca en los países donde uno es desconocido, entregado á sus propias fuerzas, que

eran bien pocas, una vez desposeidas del aparato *local* de que se hallaban rodeadas, en vez de maldecir su necio orgullo, encontró más cómodo maldecir la memoria de aquél que, habiendo hecho más de lo que pudo en su favor, no supo dejarle por remate una cuantiosa fortuna.

A ví por vez primera, nó al pié de la enramada, como el héroe bobo de *Jugar con fuego* vió á la duquesa de Medina, sino en el hoy desaparecido teatro de Tondo, sen-

tada en un palco principal (así le llamaban,) y apoyada en una *esbelta* columna, disfrazada de basto harigue, pintado al temple.

Un amigo mío que estaba sentado en la butaca (llamábasela también así) á la derecha de la mía, después de sacudirse el polvo y las telarañas que tenía en el chaquét, volvióse con los jemelos hacía el palco en cuestión y, no pudiendo contenerse, exclamó, sin dejar de mirar y como quien saborea un dulce exquisito;

—¡Buena mujer!

Naturalmente, ante una exclamación de este género, no hay quien no se conmueva, aunque sea de estuco y yo, que no lo soy, ni muchísimo menos, ¡claro! me conmoví... y miré hácia el sitio donde estaba el objeto de la admiración de mi amigo.

La había visto yá y por cierto que sin que me chocara en nada, por lo que la confundí con la generalidad de los seres insignificantes.

Ya, con la llamada de mi amigo, me fijé más, pero tampoco me entretuve mucho en el exámen de la desconocida.

Ví, si, que estaba, si sencilla, elegantemente ataviada, que no tenía mal aire; pero, en fin, me pareció del montón: de esas mujeres corrientes, más bien feas que bonitas, que no justifican exclamaciones como la de mi compañero, á menos que el que las profiera no sea de esos que llaman duros de boca, porque para ellos todo es bueno.

Torné á mi posición primitiva, seguí entretenido con la representación y cuando me levanté del asiento para cambiar de postura, mis ojos, que recorrian todo el teatro, se posaron de nuevo sobre la ¡buena mujer! según mi amigo.

Ella, como yo, estaba también entonces de espaldas al escenario y como yo se echaba aire, solo que yo lo hacía con el sombrero y ella con un precioso abanico de encaje blanco.

Al fijarme en el abanico me fijé en la mano que lo movía, después en el brazo y...

¡Aquel brazo fué mi perdición!

Y si nó mi perdición, por lo menos, la causa de que ya no hiciera más caso de nada ni de nadie, sino de la niña aquella que, sin saber por qué misterioso conjuro, de fea insignificante que en un principio me pareciera, fuese convirtiendo en belleza de primer orden.

Porque ustedes comprenderán que, examinado el brazo que tanto me sedujo, no me detuve en él, sino que seguí analizando entrantes y salientes, curvas cóncavas y convexas y con ese refinamiento con que la imaginación se detiene á detallar y hasta hace ver lo invisible con los ojos del pensamiento, que hacen transparentes las más tupidas telas, no hubo rincón escondido de aquel tesoro, que para mi no resultase tal y conforme debiera de ser.

Los que nos preciamos de obser-

vadores, tenemos un poco de artistas y el Arte, como es sabido, enseña muchas cosas á los iniciados, que para los profanos quedan ocultas por lo general.

Nos sucede algo así, parecido á lo de Cuvier con el hueso del antediluviano, que le bastó para *reconstruir* un sér que jamás había visto.

Eso hice yo; *reconstruir* el conjunto oculto, por la parte que me era visible y créaseme que salió de mi trabajo la más completa obra escultórica que pueda admirarse por ojos humanos.

Una sola cosa no pude evitar: el color.

Los rayos del ardiente sol filipino, al quebrarse sobre su tersa piel, la tostaron, dándole un tinte obscuro y, hasta de cambiantes metálicos.

Pero ¿creeis que esto la perjudicaba?

Al contrario. Le imprimia tal sello de originalidad, que más que defecto era un nuevo encanto.

Se conoce que el artista dijo al pensar en su obra:

—Si la hago de un metal precioso, sorprenderá más que por la forma, por la materia de que esté compuesta: hagamos que domine el Arte en toda su fuerza.

Y escojió el cobre.

¡Vive Dios que hizo bien!

En mármol habria resultado una vulgaridad.

En cobre es la idealización de lo bello.

Cuando al caer de la tarde me la encuentro en mi camino, yó á pié por esas calles, buscando un asunto que me produzca algo positivo y ella negligentemente reclinada en lijero *milord*, destacando el contorno de su incitante busto, cubierto por irreprochable traje blanco, sobre el rojo almohadón en que descansa su espalda y mirando á los mortales con expresión de reina, me digo, recordando el nombre que en la noche del teatro le puso:

—¡La Venus de cobre!

Y luego, sin poderme contener, re-

pito la frase de aquel amigo que estaba sentado en la butaca inmediata á la mía.

—¡Buena mujer!

RECIEN llegado yo al país, me decía un ayudante de Montes, á quien *suprimieron* poco después, con motivo de unas reformas que hubo en el Cuerpo:

—Amigo; en esta tierra todo se toma á broma, todo... ménos la paga. Es el único acto verdaderamente sério en este suelo productor de mangas y palúdicas.

Un poco fuerte me resultaba aceptar tal concepto que, á guisa de axioma, me disparaba un *matandá*.

Pero nuevo por completo y extraño por lo tanto á cuanto en derredor mío pasaba, aún haciéndoseme muy duro lo que había oido, preferí callar y esperar á que el tiempo rectificara ó ratificara aquella sentencia casi filosófica.

Tomarlo todo á broma, aquí donde se irrita la sensibilidad tan fácilmente parece absurdo.

Porque lo primero que se necesita para tener ganas de broma es el buen humor, y éste, rara vez aparece en escena.

Una de dichas veces es precisamente en la que hay que ponerse sério según las teorías del ex-ayudante.

El dia de la paga.

¡Vaya V. á ponerse sério en semejante dia!

Pues si solo con pensar que se convierte uno, durante media hora lo menos, en *capitalista*, es lo bastante para que brote la risa de los lábios más refractarios á la contracción en tal sentido...

¿No ha de producir hilaridad ese regimiento de cobradores que, cual bandada de mosquitos, le zumban á uno á la vez que le chupan la sávia metálica y no le abandonan hasta que la han dejado en la misma situación que estuviera antes de cobrar?

No; aquel pobre cesante no tenía razón más que á medias.

Porque aquí hay que tomar á broma todo; la paga inclusive.

Y se toma así, porque no queda otro remedio, porque, como diría Revilla, en Filipínas se está *en cómico* toda la vida.

No hay más que ver como se expresa el insigne crítico al tratar en

su "Concepto" de lo cómico característico y se comprenderá, sin ser lince, el alcance que aquí tiene tal afirmación.

Lo cómico, según el malogrado escritor, se produce con el contraste entre lo que debiera ser el carácter de la persona, dada su naturaleza ó su posición social, y lo que es en realidad.

Pues fijémonos en nosotros mismos y veamos si existe otra cosa que el contraste y, por lo tanto, la equivocación en nuestra manera de sér.

En las reuniones, por ejemplo, el dueño de la casa considera más al individuo que le visita, por su posición, que por su valer personal.

Error censurable que conduce á otros en el acto.

Uno de ellos, el de creerse que son *más* precisamente los que por regla general son *menos*.

Y este es el detalle más pequeño que puede presentarse de nuestra sociedad, acerca de la que, si no temiera

meterme en el campo de las metáforas, tan fácil de producir falsos testimonios, me atrevería á asegurar... lo que no me atrevo, pero que tal vez diera por resultado el pensamiento de que la isla de San Balandrán no ha sido la invención de un chusco.

Para llegar á conclusión que tan estrambótica puede parecer, no haría más que presentar, como en esas exposiciones de figuras de cera que hay en paises más fríos que el nuestro, una colección de tipos. Mas esto trae consigo el inconveniente de que, como á pesar de no aludir á nadie, no faltaría quien se considerase ofendido por sacar su retrato, podría ocasionarme más de un disgusto, lo que, como buen habitante de esta *aplanatada* población debo evitar.

Y este es otro de los casos en que aquí se coloca la gente en *cómico.*

Ocúrraseme decir que *Don Procopio,* sér puramente imaginario, tiene una nariz, cuya exageración toca en

los límites de la desvergüenza por su tamaño.

Mañana se me presentaban con seguridad catorce narigones á pedirme una explicación por lo dicho.

¿Por qué es esto?

Sencillamente, porque siendo este un mundo de insignificantes, todos nos consideramos con bastante importancia para que los demás no hagan otra cosa que sacarnos á relucir á cada momento.

Y temiendo al ridículo de la exhibición, se cae en el ridículo de las pretensiones infundadas.

¡Las pretensiones infundadas! He ahi la causa de los contrastes y, por consecuencia natural, de *lo cómico*.

Todos sirven para todo; nó precisamente porque puedan, sino porque lo dicen.

El abogado con bufete abierto, que debiera fundar todas sus aspiraciones en alcanzar fama como tal, resuelve pleitos, si; más, con afición á la música—supongamos—padece más,

si le llaman mal flautista que cuando le echan abajo un escrito.

¿Por que no se dedicó á *solista,* si se encontraba con tan buenas condiciones para ello?

—¡Báh!—dirá él,—no quita lo uno á lo otro; puede hacerse todo.

El médico que se dedica á la literatura no profesional, nunca creerá que sus enfermos salgan perjudicados porque se les distraigan unas cuantas horas, para ocuparlas, no en libros de estudio, hojeando los cuales puede aprender un nuevo caso de los mil que faltan por conocer en ciencia tan incompleta, que aún tiene mucho de empírica, sino en satisfacer sus aficiones.

Discútase con él en juntas ó en letras y apostaría triple contra sencillo, á que su amor propio resulta más gravemente herido en una derrota literaria que en la equivocación de un diagnóstico.

El periodista que contrae la obligación—voluntaria, pero contraida al

fin—con el público, de presentarle un trabajo de asunto entretenido para el lector y *le suelta* un artículo de fondo, ó, por el contrario, el articulista encargado de esta sección, donde, por regla general, se trata de cuestiones que conciernen á los grandes intereses de un país y las sustituye por una disertación sobre la conveniencia de las diversiones.

El que se considera con derecho á burlarse de todo lo creado y luego resulta tan vidrioso, que en vez de seguir la senda que se trazara, se entretiene en recojer alusiones por todas partes, para luego salir con un sermón sobre la seriedad, dando que sospechar, si al detenerse tan nimiamente en asuntos intratables, es porque se agota lo propio y hay que acudir á lo extraño para seguir brillando.

Quien dedicándose á la vida de *hombre público* se ofende porque se comenten sus actos privados, como si fuera posible hacer un deslinde entre ambas vidas en la real.

El mísero rapsodista que, cansado de no poder conseguir un título, se lo confiere á si mismo y al ver luego el infeliz su propia obra, cree á los demás tan engañados cómo él.

Estos y otros muchos, como los que sin instrucción ninguna ni oficio ni beneficio se radican, con la esperanza de llegar por lo menos á concejales, los comerciantes que en la vida lo fueron y tratan de hacer capitales en un abrir y cerrar de ojos, los histriones que pretenden hacer pasar por arte nacional la expresión más burda de una aberración del mismo arte, los que se proponen corregirlos y *cancanean* á las primeras de cambio, los que educados y consentidos por nosotros, aborrecen lo que debieran agradecer, los que á la sombra de los que figuran se aprovechan en la obscuridad para lucrarse, haciendo recaer la odiosidad del acto sóbre quien menos la realiza; los...

Más ¿para qué sigo?

¿No demuestra todo lo dicho el *contraste entre lo que es el carácter de la persona y lo que debiera sér, dada su naturaleza ó su posición social?*

Pues si es así, convengamos en que está en *cómico* la generalidad.

Y siendo así, en vez de censurar ágriamente la risa, como hacía Platón, riamonos unos de otros y tomemos el pais como decía el cesante.

¡A broma!

HIMNOS, PREMIOS Y DISCURSOS

¡QUIÉN fuera niño otra vez, para gozar de los triunfos que aquí, como en parte ninguna, se prodigan á la pubertad estudiante, y más ó ménos estudiosa!

Para ellos es el mundo en determinados dias, y no hay quien les quite la importancia en ciertos y señalados casos de su vida, llamémosla pública.

¿Qué nos importa que aquí no haya juegos florales, ni conservatorios, ni ateneos, ni congresos de diputados?

Y es el caso que no puede haberlos, porque el país mismo lo rechaza, dígase lo que se quiera.

Y para rechazarlos, tiene sus motivos.

Cuéntase qué, cuando entran operarios nuevos en una confitería, se les dá de primera intención tal cantidad de dulces, que concluyen por aborrecerlos por siempre jamás amén.

Pues aquí, con los himnos, los premios y los discursos, sucede lo mismo.

No hace una criatura más que soltar el pezón, cuando ya sus padres la mandan á la escuela.

Esto no puede ser más digno de encomio... en teoria.

Porque luego llega la práctica y sucede... que un día llueve.

Y no hay colegio.

Otro dia es la fiesta de uno de los patronos mensuales del barrio.

Y no hay clase.

Y un juéves.

Y no hay lección.

Y un domingo.

Y no hay escuela.

Y el santo del maestro.

Y el de la maestra.

Y el del niño, y el de sus padres, y el traslado de local, y la suspensión del profesor, y las vacaciones... y los novillos.

Pero llegan los exámenes, y aquello es otra cosa.

Se entresaca de cualquier tomo de trozos escogidos, un retazo largo, sin muchos puntos y apartes, pero con gran suma de palabras sonoras y rimbombantes.

Se le encarga á un poeta de la localidad que haga unos versitos para ponerles música un escribiente de Juzgado, que toca el violin en Zorrilla y tiene participación en una banda

de Trozo, que pudiera muy bien pasar por un trozo de banda.

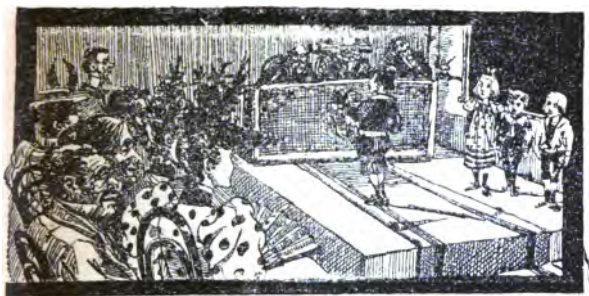
Enseguida se va á la "Puerta del Sol" ó á cualquier otro bazar, de esos que tienen muchas *maritatas* y las dan por poco dinero, y se compran tantos objetos como chicos asisten ó deben asistir á la escuela.

Y llega el *momento supremo*, que tanto desean los normalistas, tanto temen los chiquillos y tantas dulces emociones producen en los padres.

Seis músicos de *viento* tocan una *sinfonia*, mientras los invitados entran en el *salón* donde ha de verificarse la solemne distribución de premios.

Allí están, en el fondo, vestiditos de limpio, y peinados, rizados y fuertemente perfumados, los héroes del día.

Se respira gravedad en la sala: el semblante austero del tribunal impone á los convidados, que guardan medroso silencio; pero este no puede menos de interrumpirse con un ru-



mor como de moscas alrededor de un flán, cuando la niña ó el niño dice con entonación dramática:

—Señores...

Y sigue perorando de carretilla lo que se ha aprendido en dias anteriores á fuerza de vigilias y pellizcos.

Al terminar la oradora ó el orador, se descuaja el salón en aplausos que hacen retemblar las paredes y desprenderse alguna que otra araña (insecto) sobre la concurrencia.

Viene después la lectura de la relación de niños que han merecido premio, por aplicación, por conducta, por urbanidad, por aseo, por esta-

tura y hasta por edad y cada uno, conforme se les va nombrando, acude todo ruboroso á recibir el lápiz de honor, ó la cartera de honor, ó el trompo de honor, que se le entrega acompañado de su correspondiente diploma, en el que constan los motivos por que ha sido distinguido aquel muchacho.

La escena que sigue es indescriptible; abrazos, besos, lamentos de alegría, sollozos de entusiasmo, bocados de ternura y pechugones de distintas clases, que dejan á los chicos más blandos que un ate maduro.

Restablecido el orden, la música suena de nuevo, y un coro de voces infantiles entona el himno compuesto para el acto, y por lo tanto lleno de elogios al maestro, á la maestra, al Ayuntamiento y á la Vírgen Santísima, que, modelo de bondad y mansedumbre, deja que se le digan las mayores heregías rimadas y ripiadas.

Y como esto pasa un año y otro, y el hombre ó la mujer, desde que

empiezan á vérselas con los libros hasta que los dejan, no hacen otra cosa que *discursear*, recibir premios y cantar, cuando les llega la vez de obrar por su cuenta, hacen lo que el obrero de los dulces; recuerdan las indigestiones escolares que han sufrido y no hay quien les haga decir arriba de cuatro palabras, ni cantar otra cosa que la Pasión en Cuaresma ó el *paletó* en el resto del año.

Y de premios no hablemos, porque ¿quién, que se ha estado diez ó quince años seguidos llevándose títulos, diplomas y regalos á su casa, va á tomarse luego la molestia de incomodarse inventando un arado ú otra cosa por el estilo, aunque le ofrezcan diez pesos de gratificación?

Por eso, todo cuanto se hable aquí de fomento de las letras y de las artes, y de cuanto haya que fomentar tiene que convertirse en agua de borrajas.

Porque se le hace nacer muerto.

EL tiempo influyó no poco en mi decisión.

El agua caía con insistencia y la calle estaba intransitable, *gracias* á

los cuidados policiacos de la capital: ningún café me abría sus salvadoras puertas, y el casino, falto de socios, acusaba una tristeza de cementerio.

Llegó á mis oidos el sonido de una campana con vibraciones más comerciales que religiosas, y, encontrando la ocasión propicia para satisfacer una de mis mayores curiosidades, me lancé, salvando charcos y barrizales, en busca de lo, para mí, desconocido.

¡El *martillo* por dentro.

Ya desde la calle y entre campanada y campanada, se dejaba oir la voz del encargado, con ese ritmo monotono que adquiere cuanta relación se hace por costumbre; de vez en cuando, un golpe seco de un martillo sobre una mesa, indicaba que se había rematado un objeto y, tras breve silencio, volvía la misma cantinela con el mismo tono y casi las mismas palabras, á alternar con la campana de la puerta del establecimiento, que hacía sonar un depen-

diente de escaleras abajo, con la indiferencia característica de todo indígena, cuando el objeto de sus ocupaciones no es el gallo de riña.

Crucé la entrada y á duras penas logré llegar á un sitio, desde el que pudiera dominar el conjunto de aquel cuadro, pues el público era bastante numeroso, tanto por ser la entrada *gratis*, como por el tiempo, que no convidaba á andar perdiéndolo en mojaduras callejeras.

Era una venta general de cosas, hijas, cada una, de su padre y de su madre: lo mismo salía á la puja una cama, que una partida de estampas, que artículos de primera necesidad, que juguetes.

Había de todo y para todos los gustos, incluso el mío, que veía algo más—perdón por la inmodestia—que aquello en que se detenían los licitadores para llevarse lo que deseaban.

Y veía más, sí; porque, el carpintero chino, por ejemplo, solo se fijaba en que las sillas ó la percha, con

cambiarles el bejuco y barnizarlas un poco, quedaban como nuevas, para *encajárselas* al primer *bago* que, al llegar, quisiera poner casa, y yo veía esto, y *lo otro;* es decir, la parte moral, si se me permite llamarla así, que tenía cada uno de los objetos expuestos.

Y mírese por donde, vendedor, compradores y espectador curioso satisfaciamos nuestros deseos.

El dueño de la tienda, procurando sacar el mayor partido posible en la venta, para obtener un tanto más crecido; los compradores, pujando hasta el punto que consideraban límite superior del beneficio é inferior de la *primada,* y yó, viendo con la imaginación á los primitivos amos de aquellos cachivaches que se vendían, y que me daban la fisonomía especial que tiene este pueblo, fisonomía que no se parece á ninguna, porque, si en ocasiones se encuentran en ella rasgos parecidos á los de otra, pronto se borran por la movilidad.

La movilidad: he aquí la característica filipina, que comienza en los elementos y acaba en las costumbres: no parece sino que, por lazo misterioso se unen las alteraciones del suelo y las del aire á las del individuo.

Los cambios atmosféricos y los terrestres, juntos con los políticos, no permiten que en Filipinas exista ni la casa se-

cular, ni la tradición de la familia, ni la herencia vinculada ni aun casi el nicho á perpetuidad.

Todo dura lo que dura un lapso, más ó menos largo, según lo que tarde en sobrevenir la catástrofe.

El báguio ó el temblor arrancaron la casa, el cambio de Gobierno derrumbó á la familia. Todo fué por tierra y nuevos obreros comienzan á edificar sobre ruinas, siempre con la esperanza de tener más fortuna, y siempre, por desgracia, para llegar al mismo fin.

Y lo que puede utilizarse todavía, busca la salida, y esta es el *martillo:* un martillo en el que, al subastarse un objeto, se declara tácitamente el desmoronamiento de un hogar, la desaparición de una familia, la muerte de unas ilusiones, y el viaje de vuelta al punto de partida que ofreció lo que no podía cumplir.

La voz del encargado me sacó de la abstracción en que mi pensamiento se había sumido.

—Que se vá á rematar,—decia con gangoso tono, mostrando unas alforjas muy curiosas, propiedad sin duda de algun excéntrico.

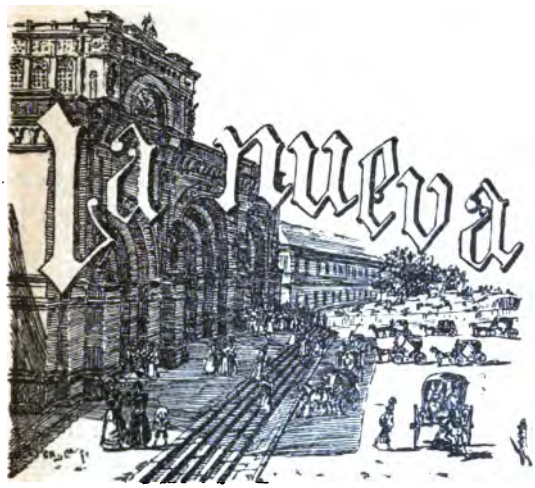
Por lo extraordinario del objeto en estas latitudes, me picó el deseo de adquirirlo, y como no había, por fortuna, ningún inglés estrambótico que se antojase de lo mismo que yo, pujé un tanto más, y me quedé con él, por poco dinero.

Al pagarlo, pregunté quién había sido su anterior propietario.

—Un inmigrante peninsular,—me contestaron,—que vino hace dos meses á buscar trabajo en alguna hacienda, y como no lo ha encontrado y sus

ahorros se le acabaron, decidió volverse á su tierra, por lo que *realiza,* lo que le queda y no le sirve para el viaje.

—Efectivamente, no pude menos de contestar;—para este viaje ¡no se necesitan alforjas!



SON las diez y media de la mañana.

Hace un calor de Sevilla en Agosto, de Madrid en Agosto, del Mar Rojo en Agosto, de Manila

en cualquier tiempo y todos los calores juntos á la vez.

En la plaza de Palacio pasean media docena de padres de familia que aguardan á sus tiernos retoños, otra media docena de caballeros particulares y diez ó doce sietemesinos pasados por agua.

Es de advertir que todos estos señores pasean á la sombra.

Termina la última misa del día; agrúpanse á las puertas de la Catedral los paseantes y comienza la parodia de las Calatravas ó los recuerdos del tiempo viejo en el antiquísimo Mentidero.

Salen ellas, guapas ellas y feas ellas también, que de todo hay en la viña del Señor.

Crúzanse miradas asesinas, todo lo asesinas que caben en temperamentos linfáticos; retuércense con relativa furia bigotes alicaidos por el sudor y estíranse las nítidas americanas, movimiento que en el sexo fuertes corresponde por sim-

patía al golpe del *puf* femenino.

Unos y otros se aprestan á la lucha y empieza aquello de;

—A los piés de Vd.

—Mira la de Tururis como se *tima* con Chirivitas.

—Anda, hija, ¡vaya un lujo! Terciopelos en el *Súdan*....

—¡Eso es un cuerpo bonito!—exclama un Tenorio con cascarón adherente.

—¡Psch!—contesta un cansado de la vida con dieciseis años y aspiraciones á tísico,—Mentira; nada de eso es cierto; falsificación pura.

—¡Como que las habrá Vd. visto *muchismo* mejores!

—Ejarze de ezo cabayeroz y mirar lo que zale por ahí; ¡la gracia é Dió en figura humana!

—¡Calla! es verdad! ¿Quién es? ¿La conoces?

—Yo nó ¿y tú?

—No la he visto nunca.

La pregunta recorre todos los grupos con la rapidez de una descarga

eléctrica y durante unos cuantos minutos no se oye otra cosa que;

—Yo nó.

—Ni yŏ.

—¿Tú sabes?

—¿Usted la ha visto?

El resultado es, que todo el mundo la encuentra elegantísima, guapísima, monísima y... desconocidísima.

—¡Calla, tiene amigos! dice uno, como extrañado de que álguien pueda

conocer á *álguien* que él no conozca.

—Vaya,—dice otro más avisado;—se explica ya todo; no hay más que ver sus conocimientos; todavía están con lana.

—Sí y con sombreros calabreses.

—Han venido en el último correo.

—Debe ser nueva.

—Justo, nueva.

—Pues hay que convenir en que es muy guapa.

Y como todos los carruajes han ido desfilando y ya sólo queda por ver la estátua de Cárlos IV sudando la gota gorda, los *examinadores* se retiran, murmurando unos con otros:

—La verdad es que es muy guapa la nueva.

Queda, por lo tanto, olvidado el pié breve de Fulanita, que tanta habilidad tiene para lucirlo al subir al coche; no se habla de Menganita ni de su cútis *barcelonés*, de pura botella; Zutanita, la escultural Zutanita, se ha marchado destrozando

el pañuelo con sus menudos dientes, porque no la ha saludada nadie, ni siquiera aquel chiquitín que le es tan antipático; las siete chicas de Soconusco no llevan á remolque ni un oficial quinto con esperanzas de rebaja.

La última palabra que se pronuncia en aquellos lugares y á aquellas horas, ha sido un pensamiento filosófico de un segundo teniente con guías de pararrayos.

—¡Si yo tuviera diez mil duros, me casaba de subalterno con la nueva!

La nueva triunfa en toda la línea y ha sido declarada reina y señora de los corazones inflamables de Manila.

Pero, tan grande como ha sido su éxito, es grande la rapidez con que pasa y se olvida.

Al domingo siguiente es la de Tal; ya tiene nombre propio; nos hemos acostumbrado á su cara, á sus trajes, á sus modales.

Ya es de la familia.

Si en realidad era bonita, sigue siéndolo, salvo causa mayor; si fea, lo mismo.

Sus amigos también se han confundido con la masa general y ya no parecen palominos atontados, dando vuelecitos en cuanto ven á un *combarcano*.

Se han dedicado á la nueva los de siempre; el chico ese, andaluz, que dió el aviso, el subalterno susodicho, un estudiante de Medicina; aquel que dice *muchismo*... en fin los de siempre; los que se dedican á las nuevas, porque las antiguas les conocen demasiado.

Y todos los correos hay una ó dos ó tres nuevas que se reparten esta colección de novios.

El más constante de estos amadores mensuales y el más desgraciado, por cierto, es un chico que está queriendo casarse siempre y nunca lo consigue por una causa bien rara.

El sujeto en cuestión es aficionado á bailar como pocos y cuando lo hace,

lo hace de verdad, como si tratara de ganarse la vida bailando.

Pero tiene una fatalidad.

Se cae siempre.

Y las muchachas han dado en decir que está débil.

CUANDO Darwin predicaba con tanto afán su teoría sobre el transformismo, era sin disputa ninguna porque, observador profundo, al ver las constantes variaciones que el hombre y

las cosas sufren, pensaba que aquellas debian obedecer á algún principio extraordinario y fatal, cuya influencia escapa á la generalidad de los mortales para su comprensión, pero que no por esto deja de sentirse.

Esto es tan cierto, que sería sencillamente inocencia tratar de subirse á la tribuna, para predicar verdades, dignas del tantas veces traido y llevado Pero Grullo.

Sin embargo, así como en las transformaciones que sufren, ya las personas ó bien los objetos, debidas á la educación, la ley de la costumbre ó el capricho del gusto, aceptamos todas aquellas, cuya falta notaban nuestros sentidos, otras, en cambio, se hacen irresistibles y solo transijimos, obligados por la fuerza mayor de la economía... ó de la moda.

Moda y economía; hé aquí las dos grandes armas con que se imponen los espíritus fuertes sobre los débiles.

No han de asustarse los discípulos

de aguja de Whort, ni tienen porque saltar, presas del desafinamiento de las notas falsas las *Armonías económicas* de Bastiat; tranquilícense Bramer y Colmeiro, que no trato de destruir sus pespuntes ni sus doctrinas, proclamándome jefe, *pro autoritatem meam*, de una nueva secta que les haga frente.

Al hablar de la moda y de la economía en este articulejo, pretendo, más que nada, tratar de hacer comprender como la economía es hoy sinónimo de despilfarro y por qué razón la moda influye en ello.

Y la causa de esta, que parece aberración, ha sido el siguiente caso práctico que presencié dias pasados.

Cierto matrimonio que vive... como puede, que aquí no se trata de denunciar interioridades, se pasa doce horas, de las veinticuatro del dia, haciendo números para procurar que su, llamémosla renta, dure hasta fin de mes.

Pues bien: tras de haber calculado

no ya por céntimos y octavos, sino hasta por el mayor ó menor quebranto probable de la moneda, á cuanto salían de gasto diario, y ver que les quedaba un pequeño sobrante y para eventualidades, se encuentran poniendo el grito una nota más alta que el diapasón normal de esas ranas, con cuyo canto nos desvelamos en la época de aguas.

¿El secreto?

Muy sencillo: la señora había consumido sus *economías* en una de esas *quemazones* que anuncian los comercios, á precios *económicos*.

¡Y es claro! como, aunque los objetos que se compraron, siendo tan baratos como elegantes, no eran necesarios, resultó el *déficit*.

Pues convenzan ustedes á esa señora de que no había hecho un gran negocio *económico-doméstico*.

Otro rasgo enternecedor, del género económico-elegante.

Se trata de una fiesta, á la que es preciso asistir, nó representando á

la clase en que se ha nacido, sino á la que se pretende pertenecer, con el objeto de engañar á aquellos que hacen lo mismo.

Y como la compra de tal ó cual prenda es superior, con mucho, al presupuesto de gastos de la familia, aquí del ingenio económico del jefe ó la *jefa*.

Mándase á un establecimiento comercial por dos ó tres *muestras* para *escojer;* se escoje efectivamente, se luce en el lugar donde era menester y luego... se devuelven las muestras por *caras*.

Por la economía se ha producido una revolución en la industria carroceril, que se atribuyó, al empezar, por supuesto, á la moda.

Un poco añejilla resulta la tal moda, que nuestros abuelos desecharon despues de bien molidos.

Verdad es, que desde que, según observó no se quién, el grillo en el frac, el elefante en los pantalones y la chimenea en el sombrero, se nos

impusieron como modelos de buen vestir, pocas han sido las variaciones de la moda.

Anchuras seguidas de estrecheces, lo pequeño sucediendo á lo elevado y las recíprocas correspondientes. Hé aquí todo.

Por eso no es extraño que la tartana haya sucedido al *vis-á-vis* y aún nos cabe la esperanza de ver dentro de poco, carrozas en la Luneta: más antiguas serán ciertamente, pero no más incómodas.

El caso es tener carruaje.

Esto representa un gasto, pero ahí está la industria de abaratarlo, con la compensación de las incomodidades y sobre todo, con los plazos; esas *letras* que se pagan á tantos meses vista y que se pierden de *idem* no pocas veces.

Antes, al llegar el *bago*, se le hacía comprender la necesidad del carruaje, mayor casi que la de comer.

Nuestro *bago* entraba, conformándose con este principio aristocrático,

y seguía la corriente del buen tono y del *confort,* sin murmurar.

Pero la facilidad de comunicaciones ha multiplicado la población, que, al sufrir este aumento, ha dado á luz al hijo de todas las grandes capitales.

La clase media.

Esa clase, desgraciada más que ninguna otra, puesto que siente todas las necesidades de la alta y ha de satisfacerlas con el capital de la baja.

Clase, para la que las comodidades son sacrificios, puesto que si un coche es una comodidad, es un sacrificio mantenerlo.

Por eso la tartana, que á su aparición fué bautizada con el nombre de *quilez*, en recuerdo de su importador, ha logrado tan brillante éxito.

El *quilez* tendrá un movimiento infernal, sus traqueteos producirán tantas lesiones como cualquiera vergonzante carromata.

El *quilez*, en dias de lluvia, se convertirá en coche celular, sin luz ni aire para los infelices que vayan dentro mareados.

El *quilez* se volverá carro de carne humana, cuando la familia propietaria sea numerosa, porque todos han de disfrutar del mismo derecho.

El *quilez*, cuando vuelque por cualquier accidente, no permitirá salir con prontitud á los que vayan dentro, si bien les concederá el derecho de quejarse.

El *quilez* arruinará al caballo que de él tira, obligado á llevar una carga lijera para compartida, pero imposible para sola.

Y sin embargo, el *quilez* se ha impuesto y ha triunfado con vergüenza de todos sus *colegas*.

¿Por qué?

Porque el *quilez* es más *económico* que cualquier otro carruaje.

Porque está de *moda*. Y porque teniendo *quilez* se tiene lo principal.

¡Se tiene coche!

CAPRICHOSA

ESTABA yo en la misma esquina, viendo subir trabajosamente, por la cuesta del Puente de España, á los pobres caballos del tranvía, en medio de los gritos, silbidos y latigazos de conductores y encargado de este servicio.

Los coches suspendieron su marcha y su conversación el oficial de la Veterana que hablaba conmigo,

para fijarse en lo que ocurría y estar dispuesto á acudir en el acto, allí, donde su deber lo llamase.

A poco restablecióse el movimiento y un carruaje que bajaba por el puente y que había tenido que detenerse también, ante la paralización general, pretendió seguir su ruta, tomando la obligada dirección izquierda y así lo hubiera hecho, de no intervenir en el asunto una carromata que, empezando por atravesarse y concluyendo por caer al suelo, presentó nuevo obstáculo al tránsito público.

Del fondo del carruaje salieron dos cosas; un precioso pié calzado con elegante zapatito y media negra que cubría encantador tobillo, y argentina voz con tonos de incomodidad, increpando á alguien, supongo que al mísero carromatero, si bien no respondo de ello, porque, ocupados más mis ojos que mis oidos, no me fijé en las palabras sueltas que hasta mi pudieran llegar,

Quedó por fin libre de estorbos la

vía y el coche se fué; lo que no me importó gran cosa, puesto que supuse que había de subir por la calle Nueva.

Y así fué, solo que, mi gozo en un pozo: yo esperaba el carruaje, de frente, para ver el rostro de la dueña de la simpática voz y el coquetón zapato y, una cortinilla verde, bajando de la capota al espejo del coche, me dejo á obscuras.

Allí hubiera terminado todo, si, al seguir con mi vista al carruaje, no le hubiese visto detenerse ante una tienda.

Me picó la curiosidad y marché hacía el lugar de la parada; pero un pícaro dependiente, de esos que se tiran de cabeza por el mostrador cuando ven á una parroquiana *de coche,* habló con ella lo que tenía que hablar, arreglándose la raya del bien peinado cabello, cuya pomada se licuaba bajo un sol de justicia y, cuando llegué, no tuve tiempo más que de oir de nuevo aquella deliciosa voz diciendo: —*Sigue*—y ver al pobre dependiente entrar derretido en la tienda, no sé si por la fuerza del calor ó por la de los ojos de la compradora.

Diviso de nuevo el coche parado, voy hacia allá... y uno de esos amigos tan expresivos como inconvenientes, me detiene, me pregunta por la familia, por las noticias del correo, me habla de un proyecto que tiene y que á mí no me importa... y mi desconocida baja del carruaje, dejándome ver la continuación de lo del puente y un contorno elegantí-

simo... ¡Lástima que la distancia y un pícaro velo sobre el rostro no me dejaran apreciar las facciones!

Mi infame amigo me tiene cojido por un botón de la americana, de esos que al menor tirón saltan y... peseta perdida... No me deja; el tiempo pasa y yo, no pudiendo contenerme, le dejo con la palabra en la boca y el botón entre los dedos como me temía, pero voy á conocerla, porque está en la puerta hablando con el dueño del establecimiento.

¡Maldito amigo! La detención suya me hace llegar esta vez tarde también, porque ya entra en su coche y me faltan veinte pasos, con un chino cargador en medio, para estar á su lado... Pero es tal la prisa que tengo, que aun llego á tiempo de ver que se le cae un objeto, en el momento de poner el pié en el estribo.

Parte el coche, me lanzo sobre el objeto caido y, al par que lo recojo, una mano se deja caer sobre mi hombro.

Vuelvo la cara; es mi pérfido amigo que me entrega el botón sin argolla.

No pude contenerme y le dije, á borbotones, saliéndome las palabras hasta por las narices, lo que me había fastidiado con su conversación, privándome de conocer á una mujer, que había despertado mi curiosidad hasta un grado inconcebible.

—¿Quién? Esa que subía en su coche cuando V. llegaba?

—La misma.

—Pues hombre, todo tiene arreglo en este mundo menos la muerte. Si quiere V. conocerla, le presentaré; pero le advierto que no se extrañe de nada de lo que en ella vea, porque es sumamente caprichosa y se le ocurren unas rarezas...

Me despedí de mi amigo perdonándole el botón y el mal rato, por su promesa y al verme solo, abrí la mano para ver lo que se le había caido á mi bella desconocida.

Desenvolví el papelito en que iba liado y...

¡Horror!

Me encontré con un paquetito de *buyos*.

Tenía razón mi amigo; ¡aquella mujer era una caprichosa!

LA vida de las capitales de provincias se hace odiosa á muchos de los que en ellas habitan, por la importancia que adquieren ciertos hechos, que en poblaciones de mayor importancia se

deslizan obscurecidos por acontecimientos más salientes.

Claro es que en todas se necesita una *comidilla,* que varía, según el escenario en que se presentan los actores y según el público que se fija en ellos.

Bismarck, por ejemplo, todo cuanto hace, es motivo de conversación en el mundo entero.

Sagasta tiene por escenario á España.

Al pobre Felipe Ducazcal le conocían en Madrid hasta los perros.

En Manila cualquier Fernandez es un personage.

Y en Pandacan le será un *cabezang* Fulano.

Pues bien, en Pandacan, en Manila, en Madrid, en España, en el mundo, estos *centros*, llamémosles así, de general conocimiento, ocupan cada uno la atención pública en igual relación, y tanta trascendencia trae para los habitantes de Malabón que *capitan Quicoy* se haya comprado

un brillante, como para Europa que Moltke use sombrero de copa en vez de gorra prusiana.

Toda esta preparación se hace necesaria al lector para que entre de buena fé en el terreno á que pretendo llevarle.

Al lado de los disgustos que consigo trae la notoriedad, están las ventajillas, pues si bien ninguna persona notable puede mover una oreja sin que sea puesto á discusión el movimiento, también, cuando llegan las ocasiones de distinguirse, nadie se acuerda más que de los que figuran, olvidándose de los que en segundo término forman el montón, la masa, el coro.

Naturalmente, del *coro* de una gran capital pueden salir *partiquinos* para otra no tan grande, estos *partiquinos*, á su vez, pasar por *partes principales* en cabezas de partido y no digo nada si van á algún villorrio... Dioses ó poco ménos se les podría considerar.

Volvamos á subir la escalera con el respetable médico don Pablo, á quien se le consulta en su pueblo hasta la manera de sembrar y lo que él dice, sentencia de sábio... Pues vá á la capital de la provincia y es quizá... hasta una buena persona... Pero vá á la del Reino y lo más que se le considera es como un matasanos.

Creo que ya hemos subido y bajado bastante para penetrar de lleno en nuestro asunto.

Y es el de que todo individuo, al llegar á una población, si pretende sacar el mejor partido posible, ha de buscar el flaco de sus habitantes, y ninguno en ninguna parte como el de la notoriedad.

Buen ejemplo nos dan los artistas líricos, cuando vienen á Manila.

Si son buenos ó si son malos, no lo discutamos; entran las *relatividades* y lo mismo puede ser superior un cascajo, que negado quien reuna las mejores aptitudes.

El caso es que llega un artista con sueldo señalado, trabaja durante la temporada como Dios le dá á entender; llega la noche de su beneficio, ó su *serata*, como dicen los que entienden de estas cosas, noche en la que los rendimientos son á su favor, y no contento con esto, se dice, ó deberá decirse:

—Sí; puede que venga gente á oirme, pero el caso no es que pueda venir, sino que venga... ¿Cómo me arreglo?... Pues ya está resuelto el problema: dedico mi beneficio á don Fulano de Tal, ó doña Mengana de Cual, al círculo X ó á la sociedad H y, éstos, porque son personas de verdadero valer, aquellos, porque les gusta figurar, unos por quedar bien, otros por quedar mejor, me llenan el teatro y me hacen un buen regalo, porque si nó ¿que dirán? Luego, yo me voy con la música y mis gallos á otra parte, he sacado muy hermosos cuartos, una alhajilla que me puede librar de apuros cuando me

quede sin contrata, y *aliquid chupator.*—

Y dicho y hecho: allá vá, primero bajo cuerda, murmurando un nombre; la *especie* cunde; antes de conocer la opinión del *padrino* ya se le señala con el dedo y hasta se detienen los desocupados en los escaparates de las tiendas, pretendiendo adivinar el obsequio.

¡Claro! Cuando llega el momento, por no dejar mal al *gran Galeoto* ó por no quedar mal con él, la *víctima* soporta resignada el golpe, ó se felicita de ello, según su manera de pensar. El artista guarda bajo sobre todos los billetes, se los remite á su *protector...* y á esperar tranquilamente los resultados, traducidos en cantidad de pesos.

Compromisos por aquí, cartitas por allí, muchos aceptando con la sonrisa en los lábios y el dolor en los bolsillos, otros, desesperados de no tener tan buenas relaciones, porque habrán de buscar por su cuenta la localidad.

Y hay que ir... *Aquello* estará magnífico... Asistirá toda la *creme*... Pues nada; aunque no me inviten voy, que no soy menos que los demás... La función importa un bledo; el caso es la gente.

Esto sucede cuando la primera tiple, el primer tenor, el primer barítono, el primer bajo, en fin todos los primeros, *han maniobrado bien*.

Llegan los segundos y como yá se ha abusado de las personas de viso, quedan las de poco más ó menos, y como con estas ya no se guardan tantas consideraciones, la entrada flaquea.

Pues no digo nada cuando les toca el turno á los infelices que no se ponen malos ninguna noche, que cantan todas, que no comen á diario y echan el bofe á nocturno... ¿Quién hace caso de esa gentecilla?... ¡Bah! Ya estoy cansado de teatro y de artistas y de beneficios! Que vaya el empresario si quiere.

¿Es esto equitativo? ¿Es justo? ¿No debería abolirse tal costumbre? Sobre

todo, cuando los que se aprovechan de ella son los menos necesitados?

Que mi parecer es desinteresado, lo prueba mi misma insignificancia... A mi no han de dedicarme ningún beneficio...

Y si nó, que me lo dediquen...

¡Y han hecho el gran negocio!

¿LA EXCEPCION?

(INTERVIEW)

O fué con ningún conspicuo personaje, ni tuve que pedir audiencia, ni hacer preparativo de ninguna especie.

Todo se redujo á que, al pasar yo por su lado, extendió su mano en demanda de una limosna.

Su aspecto me impresionó y estoy en que á cualquiera le hubiera pasado lo propio.

Figuraos un mendigo viejo, ciego... y chino por añadidura.

Y cuidado que lo de chino había casi que adivinarlo.

Porque el traje se componía de un girón de calzoncillo, cerca de una blusa de soldado, y... nada más.

De modo que por la indumentaria poco se podía sacar.

Y en cuando á la característica del pueblo Celeste, esa ignominiosa señal impuesta al mismo por sus conquistadores, la coleta, estaba representada por unos contados y enmarañados cabellos, que brotaban con trabajo entre zanjas y hoyos de que estaba plagada una calva y herida cabeza.

Más por las cicatrices que por la coleta puede decirse que acerté con su nacionalidad.

¡Un chino pidiendo limosna!

Me pareció el caso tan raro, tan

sorprendente, tan antinatural, pudiera decirse, que me detuve ante el mendigo, y, entre preguntas de mi parte y respuestas de la suya, que no reproduzco, porque su castellano, sobre ser chinesco, salía de una boca tan vacía como los ojos del desgraciado, saqué en limpio lo siguiente:

Lo pasaba muy mal en su tierra y, animado por unos y por otros,

decidió un día, hará unos veinte años, venir á Filipinas, trayéndose, como todos sus compatriotas, por equipaje... ¡su idioma!

Le embarcaron con otra porción de individuos, como si se tratara de cabezas de ganado, y llegó á Manila, donde entró á puñetazos y mojicones, sin duda para irle acostumbrando á la vida que tenía que hacer en lo sucesivo.

Provisto de los papeles correspondientes, se dedicó á buscárselas con ahinco chino.

Es decir, que, desde recoger basuras por las calles hasta cargar fardos, todo lo hizo, ganando poco y ahorrando mucho, aunque esto parezca mentira.

Yendo arriba muy poquito á poco, le robó un compatriota y compañero de antro sus documentos y sus ahorros.

Tuvo que empezar de nuevo; dió cuenta á su gobernadorcillo de lo que le había pasado, y, mientras si

se arregla ó no se arregla, pasó una temporada de cárcel, muy regular, de la que aún se acuerda con agradecimiento, porque, salvos los golpes que le daban por entretenerse los otros presos, comía sin necesidad de buscárselo.

Salió al fin á la calle, logró alistarse en una cuadrilla de albañiles y tornó á amontonar ochavos.

Pero una tarde le entrecogieron unos soldados en una callejuela y, por si era chino ó por sí tenían ganas de broma, le dieron tal paliza que le dejaron por muerto en mitad del arroyo.

De allí se le recogió poco menos que á puñados; fué al hospital, estuvo otra temporadita viviendo como gente enferma, pero como gente al cabo, y cuando se puso bueno, excusado es decir que sus ahorros habían volado de nuevo.

Y tropezando hoy, levantándose mañana, cayendo pasado y volviendo á aletear el otro, vió correr los días

en esta vida miserable, buscando siempre donde ganar un jornal, sin un mal techo bajo el cual guarecerse las más de las noches, y huyendo siempre como un criminal, para que no lo prendiesen ó no le maltratasen.

Hasta que un día, llevando unas cargas de agua, varios chicos le arrojaron, al pasar cerca de una obra, sobre un montón de cal, en el que cayó de cabeza y del que salió como pudo, no sin antes haber sufrido una regular pateadura.

Y aquel dia se le convirtió en eterna noche y desde entonces, como perro vagabundo, anda por donde le guian sus pasos, come cuando encuentra, duerme donde le coje, le detienen, le sueltan, le dán cuartos ó punteras, y asi se está aguardando á quedarse muerto cualquier dia, para que vuelva su espíritu á su país, si es que antes no le dá la ventolera por tirarse al río para acabar de una vez.

Con el ánimo contristado me separé de aquel infeliz, pobre, ciego, solo, lejos de su pátria, blanco de los odios que inspiran sus compatriotas poderosos...

Comprendo que, sin necesidad de la cal, sus ojos se hubieran secado, aún cuando no fuera más que á fuerza de llorar.

No le he vuelto á ver desde entonces.

¿Habrá descansado?

A VISTA DE PERSONAJE

E conocí en una fiesta. Me pareció una persona finísima y, si he de decir la verdad completa, un poco Panglóss.

No sé si era la cortesía del hués-

ped la que le hacia hablar en los términos en que se expresaba, ó el contraste de lo que llevaba visto con lo que le habían contado antes de venir.

Puede ser que de todo hubiera un poco, más, de una manera como de otra, idealizaba, á mi juicio.

Hay viajes y estancias, que no son comparables con otros y otras.

Dígase lo que se quiera, cuando la primera autoridad, la segunda, la tercera, en fin, en número que se considere necesario para llegar al completo de esta clase, viajan ó se hospedan, ó se establecen en alguna parte, por trabajos que se les presenten, no pueden ser comparados á los que á cada paso se ofrecen á los que vienen con una credencial ó una estrella, peladas, y la esperanza de vivir algo más desahogados que donde estaban pasando apuros.

De aquí, que mi héroe se expresara en estos ó parecidos términos, exponiendo sus impresiones, sin con-

tar con que hablaba con quien por oficio busca asuntos en todas partes y que, por lo tanto, había de aprovechar aquella tan favorable coyuntura.

Sin llevar aquí hasta el punto de reproducir la conferencia, fotográficamente, como ahora se estila por *allá*, porque el país aun no puede responder á estos gastos, trataré de dar á conocer lo que más impreso me quedó de nuestra larga conversación.

—Pues me parece (esta contestación obedecía á la pregunta obligada, que, como recien llegado, había la precisión de hacerle: qué tal le parecía esto) que son, tanto ustedes los de aquí, como los de allá, unos exagerados. Esto es muy bonito y tiene condiciones como ningún otro país para que la vida en él sea deliciosa.

—Deliciosa... hasta cierto punto...

—No señor, ni punto ni coma: deliciosa. Cuidado si me dijeron en Madrid cosas cuando supieron mi de-

terminación. "¿Pero se vá V. á Filipinas de veras? ¿Pero V. sabe lo que hace? El viaje primero, luego los temblores, los báguios, las palúdicas, el cólera, la falta de víveres" ¿qué se yo, lo de atrocidades que me contaron? Asi es, que cuando llegué, creí que iba á encontrar un cementerio ó por

lo menos, que era el último día de mi vida, porque la muerte me estaba acechando detrás de una puerta, para hacerme dar las buenas noches al mundo... Ahora, de lo que me voy convenciendo es, de que tanto ustedes los... ¿Cómo se dice? Ah, sí, los *camagones,* como los que han estado aquí y han vuelto á España, tienen hecho, algo así, como un contrato masónico, por el cual están obligados á decir pestes del país, para que todo el mundo le coja miedo y no sea más que para los que no quieren salir y los que desean volver... Luego, esto es una tierra civilizada del todo; tanto la sociedad como los paseos, como la misma mesa, responden á los refinamientos del adelanto moderno, y se viste, se come y se frecuenta el agradable trato de personas finas ó ilustradas, como no sucede en otras muchas partes... Y le advierto á V. que soy de los aficionados á poner peros á las cosas, *pero* en esta ocasión sería más que

un descontentadizo, un ingrato, si me expresara de otro modo que en el que lo hago.

Otras personas se acercaron á nosotros; la conversación se generalizó y ya no hubo medio de renovar el diálogo, por más que á ustedes les haya parecido monólogo; pero conste que, aunque por señas, yo tomaba parte en él.

Y ya que entónces no me fué posible contestarle como quería, hágolo ahora, en los mismos términos que le hubiera expuesto.

—Sí señor; tiene V. razón que le sobra por encima del sombrero, y si V. hablara de otro modo, habría que quitársela; pero, tenga V. presente que la moneda tiene dos fases y si á V. se le presenta constantemente por la cara, á muchos, á la mayoría, no nos toca ver más que la cruz.

Viniéramos todos siendo objeto de todo género de consideraciones, llegáramos y en vez de tropezar con un fondista que nos saquea, salieran

á recibirnos para llevarnos en palmitas á una gran casa llena de todas las comodidades y refinamientos del *confort*, con servidores atentos é inteligentes, que adivinaran nuestros caprichos, nos dieran un sueldo á fin de mes, que en pasta no lo puede llevar á cuestas un hombre solo, y pensaríamos de muy distinto modo.

Pero llegue V. expuesto á las veleidades de una firma, que hoy le eleva y mañana le hunde, y en lugar de encontrar la casa, búsquela y vea los alquileres que se pagan, y, como no hay servidores que le bailen el agua, los que á mano encuentre irán, sin otras recomendaciones que la exposición á que pague V. una multa por no llenar los requisitos del servicio doméstico, que no son pocos para los amos y teniendo por compensación el verse robado hasta las pestañas por un criado, que al día siguiente de entregarlo V. á la autoridad, entre á servir en la casa inmediata.

No hablemos de la mesa, porque eso es llegar á la cuestión de subsistencias, que para el que tiene *masa* á mano, nada significa, mientras que para el que ha de dar veinte veces la vuelta á un peso antes de gastarlo, lo significa todo.

De esos precios, verdaderamente aterradores, que tienen aquí los artículos de primera necesidad, viene la economía en la alimentación, la sigue el empobrecimiento de la naturaleza y aparecen detrás las enfermedades, con su cohorte de médicos y farmacias, que ponen la carne de gallina.

¿Y cuál es el término de todo esto, que representa, englobados, multitud de sacrificios, sufrimientos y privaciones?

No, no hay justicia en los que hablan mal de Filipinas, sobre todo, si han venido á ocupar puestos que están muy altos, para que desde ellos no se vean las miserias que á sus piés corren, para hundirse en el abismo de la desesperación.

Porque para los que cuando tienen sed, encuentran el agua helada al alcance de sus lábios, cuando tienen calor, bate sobre sus cabezas el refrescante *pankâ,* cuando desean satisfacer un antojo del estómago, un macao que les complace, y cuando la nostalgía les acomete, á su disposición se ponen buques para transportarlos á donde quieran, por *obligación* han de conocer al país como la infortunada María Antonieta á su pueblo, que, cuando clamaba por pan, hacía exclamar á su reina, que si no lo tenía, ¡porqué no comía bizcochos!

VAYA; hoy, ya hicimos por la vida. Se comió, que era lo principal y ahora, con este trajecillo chino sobre las carnes y el cuerpo descansando en cómoda perezosa de bejuco, encenda-

mos un tabaco, y á discurrir... *¡Oy, bata, alica casapuego...* Ajajá, las piernas en lo alto y la mirada siguiendo los caprichosos dibujos de la nube azulada del humo que sale directamente del cigarro y sus combinaciones con el ceniciento que yo arrojo después de saborearlo.

¡Qué calor!... *Oy, bata, trae tú aquel paipay, ¿ah?...* Eso es; ponte ahí detrás y abanica un poco *no más...* así.

La verdad es que, dígase lo que se quiera, aquí no se pasa mal... ¿Qué tengo yo que envidiar en este momento al Emperador de Rusia? Nada; quizá él lo pase peor que yo, con los dichosos nihilistas.

¡Nihilistas! Para nihilista, yo... Hombre más aficionado á no hacer nada, no creo que lo haya... Por supuesto, la culpa es del Gobierno, que es el que tiene siempre la culpa de todo... ¿Para qué me voy yo á matar haciendo esto y lo otro, si no han de agradecérmelo? Al fin y á la postre,

el día en que haya otro con más agarraderas que yo, saldré botando; conque, vaya V. á tomarse interés por gente desagradecida.

¡Y que haya tontos que tomen esto con fé y se *deslomen*... ¡Cualquier día!... Y no será porque yo no sea la actividad andando... ¡Por vida del cigarro! *Oy, bata, alcanza tú*... Me parece que bien lo tengo demostrado... En un solo día he conseguido que me abonen todas las diferencias de haberes por sustituciones reglamentarias... ¡Bien he tenido que sudar! Certificados, informes de trés ó cuatro centros... Escaleras arriba y abajo, liquidaciones; ¿qué se yo?... Pero, en fin, ya están los cuartos *apandados,* que es lo principal... Al que yo quiero ver el día en que tenga que pedirme algo, es á aquel rubito que me entretuvo lo menos media hora, porque el escribiente no encontraba mi expediente personal... Ya verá él: arrieritos somos... Ese es el compaña-

rismo... Nó, pues yá dará vueltas, que, si algo suyo cae entre mis manos, lo menos se lo entretengo seis meses... ¡Mire V. que es contestación! ¡Que sin antecedentes no podía informar! ¿Pués no estaba yo allí para dárselos? ¿O es que yo soy un cualquiera y no basta lo que yo digo?

Gracias á este carácter pacífico que Dios me ha dado... *¿Cosa bata!* Ya estás durmiendo? A ver si abanicas bien ó te rompo un hueso?... no tuve una cuestión: pero aquí, para vivir con salud, hay que tener mucha pachorra... Que el jefe tiene prisa en acabar un trabajo... No tendrá mucha cuando no lo hace él mismo... ¡Me hacen gracia estos señores, que siempre la pegan con uno, cuando tienen una dificultad!

Pues que se aguanten y aprendan, que para eso cobran más y tienen la obligación de saber más que uno... Luego, cuando tocan á aplaudir, ellos son los que se llevan la gloria... Pues

los que están á las duras, que estén á las maduras.

Me parece que me vá entrando sueñecillo... Qué cosa más rica... *Oy, rasca tú aquí*... Más flojo, bárbaro... Y todavía hay majaderos que protestan de la siesta y dicen que embrutece... Serán los que no la puedan dormir, ó serán unos avariciosos que á costa de la salud se ganen unos miserables cuartos... ¡Cómo si para ganar dinero no hubiera veinte mil medios á cual más cómodo... Que me vengan á mí tres cartas por un mismo lado y en cinco minutos he hecho más que cuarenta millones de bobos que sudan la gota gorda por descubrir una peseta... Ni que hubiera que estar con una *pinga* al hombro todo el dia!

Y quien dice una *racha* buena, dice una combinación estudiada ó cincuenta medios más, dentro de lo que uno hace, que dán un sobresueldillo muy decente... ¿Dónde hay nada más cómodo ni productivo que una rifa entre amigos?

¿Quién se niega, por un par de pesos, á hacer un favor, que, después de todo, no es un favor?... Al que le toca por dos duros un guardapelo que costó seis, no encuentra una ganga...? ¿Que luego se sacan sesenta? Y qué? Eso no es cuenta del perdidoso ni del que gana tampoco, que bien satisfecho puede estar con su suerte.

Yo, en eso, la verdad, soy ímparcial; no lo criticaré nunca, porque me ha dado muy buenos resultados cuantas veces lo he hecho. Y así se puede ir tirando de esta mísera existencia y poder ocupar dignamente el puesto que á cada cual le dá su rango.

¿Qué hora será...? *Oy bata, trae tú aquel cuán que está en el como se llama...* ¡Canastos, cerca de las dos...! *Cierra tú bien las conchas y llama conmigo* á las cinco, que tengo mucho que hacer... (Contemplando al criado que cumple sus órdenes y entornando los ojos.) ¡Esta

gente si que es feliz! ¡No tienen necesidades ni piensan nunca en nada!

.....

LA VUELTA

OR los periódicos me enteré: en todos ellos se les daba la bienvenida y así llegó á mi noticia su regreso.

Esto, en otra parte hubiera sido muy difícil, pero aquí es sencillísimo; en cuanto se llevan media

docena de años de país, ó si se es de él y por mover cuatro ó cinco mil duros en un carruaje con acompañamiento de un par de casas de caña y nipa, se le llama á uno *opulento capitalista*, ya hay motivo más que sobrado para figurar en letras de molde con la correspondiente *adjetivación* galante del reporterismo.

En Madrid, vaya V. á saber, como los interesados no sean de verdadero *relieve* ó no paguen á peso la línea, quienes son los que llegan ni los que se van.

Pero consideraciones á un lado, diré que fuí á visitar á los viajeros; él no no estaba en casa, pero ella sí y tuvo la bondad de tenerme tres cuartos de hora esperándola, para salir por último, encorsetada, emperifollada y... sofocada.

"¡Lo que se aprende con los viajes!" no pude menos de murmurar para mi sayo "Esta señora, que antes estaba siempre visible, con su *matinée* y su pelo recogido, tan limpita, que

daba gusto verla, ahora, tras de su *invisibilidad* primera, no hay quien pueda verla sin sufrir moralmente lo que ella sufrirá física *idem!*"

Pasadas las preguntas obligadas de, —¿Y que tal el viaje?—y demás de este jaez, traté de enterarme del efecto que le había producido su estancia en la Península.

Porque como mi pio constante es ir, puesto que la voluntad no basta para realizar mi propósito, me conformo con que me hablen de *aquello* los que vienen, para acortar distancias con el recuerdo y soñar un poco.

Pero esta vez me salió el tiro por la culata. Fuí por ilusiones y me ofrecieron desencantos.

Había en mi amiga, sí, algo de satisfacción de haber *visto* la Corte, muy en armonía con su alegría loca cuando hacía sus preparativos de marcha; pero á la vez se notaba un despecho tan marcado al hablar de su añito de estancia en Europa, que solo era comparable al entusiasmo con que defen-

día la vida y costumbres manileñas, al establecer paralelo con las madrileñas.

—Yo no se lo contaré á nadie,—me decía con ese tono de misterio que se emplea para contar un secreto á todo el mundo,—Aquello se me caía encima. ¡Ay! Cuanto echaba de menos mi Manila! Allí, que si se baña V. no puede hacerlo en su casa y le cuesta un sentido, mientras que aquí con un *tabo* y una tinaja se sale del paso... Que la fonda sale por un ojo de la cara y si se pone casa, por dos... Que el coche, perdone V. por Dios; hay que ir á patita á todos lados ó tomar el tranvía... ¡Mire V., el tranvía, rozándose con criadas y zapateros! Cualquier dia ponia yo los piés en Manila en el tranvía! Lo que esto daría que hablar... Teatros, sí, los de aquí son muy malos; pero no se vá, ó cuando se vá es á palco... ¡Vaya V. á hacer eso en Madrid con revendedores y sello volante! Una butaquita y gracias, y eso con hombres

que al pasar, siempre aprietan las rodillas porque el sitio está muy aprovechado.

Luego, yo salgo aquí á la calle y en todos lados encuentro una cara conocida; ¡pero mire V. que es triste ir un día y otro por un sitio y por otro y no conocer á nadie!

Pues ¿y la cuestión de tiendas? Eso de llevar el dinero por delante para comprar algo, cuidado si es molesto.

¡Es claro! No saben quien es una y hacen bien en medio de todo; pero crea V. que á la que lo sufre no le sabe bien. Sobre todo, yo estoy hecha, desde que nací, á que me fíen, y me hace daño verme tratada como una cualquiera, cuando aquí, si á mano viene, le digo al cobrador que vuelva el mes siguiente, y tan conformes.

¡Dicen que la gente de Madrid es tan franca y tan agradable! Pues yo no he visto nada de eso. Allí, como no fueran los vecinos de la casa donde vivíamos, que eran unos pelafustranes, nadie nos hacía caso, y, reuniones podía haber, pero yo no puse los piés más que en una, y esa con piano mecánico. ¡Dígame V. si para quien está hecha á ir la primerita á los bailes del Casino y hasta de Malacañang, cuando llega el caso, y que, sí señor, lo digo con la cabeza muy alta, sabe recibir como la primera y ha dado reuniones á que asistía la aristocracia de Manila, y se han escrito revistas en su obsequio mejores que las de ese tonto

de *Montecristo*, si puede conformarse con asistir á unas reuniones de organillo y agua fresca! Yo, por lo menos, cuando invito á mis salones, doy cenas que, á veces, como hay emparedados y jamón y pavo y cervezas y pastas, me cuestan mis dieciocho ó veinte pesos; pero no me importa, porque sé que quedo bien y los periódicos han de decirlo...—

Mi amiga siguió largo rato disertando sobre este tema, no dando yo otras señales de vida que alguno que otro movimiento de cabeza; pero callándome como un muerto, porque si llego á contestar á mi amiga todo lo que ante sus *argumentos* me venía á la boca, creo que armo sin querer el *catapé* del siglo.

Así, que en un momento que ella suspendió su relato para respirar, me atreví á decirla, al par que me levantaba para tomar la puerta.

—Creo, efectivamente, que nunca debió V. salir de Manila.

Ella asintió á lo dicho por mí, con

las demostraciones más expresivas y lamentándose de su viaje como del mayor y más feo pecado.

Y, sin embargo.

¿Querrán ustedes creer, que siempre que se le presenta ocasión de decir que ha estado en Madrid, se le llena la boca?

A ver quien me explica esta contradicción.

SERVIDUMBRE DOMÉSTICA

QUE el criado se me despidió, no tiene nada de particular. Me propuse tener todo bajo llave, y el pobre, no pudiendo usar mis pañuelos, ponerse

mis pantalones, ni rapiñarme algunas pesetejas, cosa á que estaba acostumbrado desde que entró á mi servicio, comenzó á languidecer y á entristecerse de tal modo, que, comprendiendo que los aires que en mi casa respiraba eran nocivos á su salud, determinó marcharse de una manera decorosa. *Mató* á su madre, y al quedarse *huérfano,* me pidió autorización para ir á su pueblo, en socorro de seis hermanitos de pecho, que piaban como pájaros á quienes falta el cuotidiano alimento.

Pidióme además la papeleta de despedido, que le dí con una buena nota; la libreta, que no le dí, porque tenía que enviarla á la Comandancia de la Veterana, y tres pesos, prestados, que tuve el mal corazón de negarle.

Por supuesto, que él se vengó de mi mala acción, pues á los dos días justos de haberse marchado *Angel*—así decía llamarse mi ex-escudero—encontré, que no encontraba un *palasan* de algún mérito que me regaló

un hijo de Negros, que era rubio, y al que—al *palasan*—le había yo puesto como puño un peso de dos mundos, movible, para que se le vieran las dos caras, lo que daba cierta semejanza al bastón con la torcida columna de Magallanes.

Supuse, y creo que con buen acuerdo, que Angel se lo habría llevado como memoria del tiempo que estuvo lavándose con mis jabones y peinándose con mis peines.

Bueno; lo que sucede: á Angel se lo tragó la tierra y yo encargué criado á todo el mundo, pues cualquiera comprenderá que no iba á hacerme yo mismo la cama, á limpiar el polvo de mis muebles, ni tampoco podía dedicarme á ciertas faenas propias de los fámulos.

Pronto se dejó sentir el resultado de mis encargos.

Al día siguiente de ocurrida la *vacante*, se me presentó Pedro. Pedro nada más, pues el hombre ignoraba su apellido.

En cambio sabía perfectamente pedir cuatro pesos al mes, ofreciendo la garantía de no tener cédula, ni libreta, ni nada que acreditase su personalidad.

Le despedí galantemente, y aquella noche no hubo otro remedio que dormir á obscuras, pues no era justo que yo fuera á la tienda del chino por dos cuartos de aceite de coco para la lamparilla.

Vino después Ambrosio Espíritu, jóven de buena presencia, limpio, con sus documentos en regla, hablando *castila* como Cervantes, y que me pidió siete pesos adelantados para pagar *no más* á su otro amo, *con quien* debía dicha cantidad.

Fuí tan duro, que no quise hacerle tan pequeño favor, y el hombre, ofendido, naturalmente, se despidió.

Le tocó su vez á Mariano San José: este era un muchachito de quince años, que vino muy cortado y en compañía de su señor padre, el cual manifestó que por desgracias de fa-

milia, se veía obligado á ganarse el sustento honradamente, por lo que

me proponía que le diese veinte pesos y me *regalaba* el chico. Yo, que en eso, pienso lo mismo que el difunto Emperador del Brasil, no quise esclavos en mis dominios, cosa que indignó sobremanera al señor San José, quien se llevó de muy mal talante á Ma-

rianito, el cual, entretenido, mientras las personas mayores hablábamos de su porvenir, se quedó distraidamente con un pavito real muy mono que estaba sobre un chinerito de mi despacho.

Por su desgracia le ví ejecutar la transferencia, del chinero al bolsillo, y me fué necesario suplicarle que dejára en su sitio el pavito real que tanto le había agradado.

Antonino Mañana siguió al jóven del pavo, y confieso que su pinta de bruto y de feo me agradó, porque respiraban sus ojos y modales tal honradez, que me daban ganas de darle la llave del cajón donde guardo el dinero.

Más, digamos la verdad completa: si Antonino hubiese sido capaz de una mala acción, solo con el pensamiento hubiera podido ejecutarla, pues en mi caja no hay dinero más que á principio de mes, y estábamos á siete, cuando el *bata* me ofreció sus servicios.

Tenía documentos; pero no libreta, por lo que me pidió tres reales para comprar una; se los dí, fué á la Comandancia á inscribirse y... supongo que no le habrán despachado todavía, pues esta es la hora en que no ha parecido por casa. Acaso la vergüenza se lo habrá impedido; más como no podía esperar, decidí aceptar los servicios de otro, en tanto venía aquel muchacho tan honrado y tan bruto, según sus trazas.

Se me presentaron otros varios, la mayor parte sin documentos que les acreditaran. Yo, tomaría cualquiera de ellos; pero como el amo que no empadrona á sus criados incurre en una multa de una barbaridad de pesos ¿quién toma á su servicio un hombre sin estar inscrito en el registro de la Veterana?

Aparte, de que esto sirve de mucho; pues así, no hay sirviente que pueda hacer una trastada.

Ahí está el ejemplo de un amigo

mío: tomó por criado á un muchacho que necesitaba sacar cédula de tres pesos, recargo, papeleta y libreta de acomodo.

Todo lo adelantó este amigo mío, á descontar del sueldo de su nuevo servidor.

Este, á los dos días, rompió una pila de platos, y su amo, como un buen *camagón* que es, sin incomodarse en lo más mínimo, se lo cargó en cuenta.

El chico aceptó sin chistar este aumento de deuda, y al día siguiente rompió... á correr, de tal manera, que no hubo quien le alcanzára.

Su amo dió parte á la autoridad; esta capturó al *prófugo,* manifestó el detenido que no quería servir más, que no tenía dinero, que hicieran con él lo que quisieran, incluso arrestarle; pero esto no devolvió á su señor los adelantos hechos, ni el Reglamento, con todas sus multas y ataderos para los amos, pudo indemnizarle ni darle otro criado en lugar

de aquel maula, que, por lo pronto, ya tiene su situación de ciudadano bien definida y no habrá quien le pueda detener durante el actual *ejercicio*, por indocumentado.

JULIA y Victorina son dos chicas que, no diré que sean unas divinidades, pero si que su palmito es suficiente para sacar de quicio á cualquier individuo de los muchos que por aquí andan.

Julia es nacida en Manila: su padre vino por el Cabo, hace la mar de tiempo: quedó cesante, no volvieron á acordarse de él en el Ministerio y el hombre se las buscó en Manila como pudo, dándose tan buena maña, que se casó, fué concejal, luego Alcalde de primera elección y por último Consejero de Administración; es decir, que llegó á la cúspide, ó casi, pues ya solo le falta una gran cruz para ser una de nuestras primeras figuras.

Victorina pertenece á la milicia pasiva; el autor de sus dias se retiró de comandante con el sueldo por Ultramar y como padre, madre é hija, aunque peninsulares, se han pasado casi toda la vida en estas latitudes, prefieren el sol de los trópicos á los fríos del Guadarrama.

Inútil es decir á ustedes que ambas familias forman parte de la *haute society* y que no hay baile al que no vayan, ni revistero de salones que no

las cite convenientemente adjetivadas.

Yo, por mi suerte ó por mi desgracia, tengo siempre á la una en frente y á la otra encima de mí, pues ocupo el entresuelo de Victorina, es decir el de la casa que habita, cuyos balcones dan frente por frente á los de Julia.

Menos los jueves y domingos, que una y otra van al Malecón y la Luneta, en lujosos *vis-á-vises* arrastrados por soberbios caballos, las demás tardes salen mis dos vecinitas á sus balcones, por lo general, vestidas con vaporosos trajes blancos y una muy regular capa de polvos en el semblante, que á ratos caen en menuda nevada sobre los transeuntes.

Estos no faltan, unos á pié, otros á caballo y otros en calesa, por lo común, pollos enamorados, que pasan haciendo cocos á los niñas: ellas se *timan* ó nó, según sus gustos y yo, tras la ventana de mi entresuelo, *pesco* trozos de su conversación, que voy á trasladar aquí en justa venganza

á una mala partida que me viene jugando hace días la Julita.

Sabe que tengo la costumbre de dormir la siesta de dos á trés de la tarde y no ha encontrado mejor hora para estudiar el piano.

¡Y si vieran ustedes como lo aporrea!

Pero vamos al observatorio y dejemos hablar á nuestras heroinas.

—¿Sabes, hija que está ahora Manila muy *jané?*

—¿Qué quieres? Como aquí no se puede hacer nada, porque enseguida se abusa... Ya ves lo que ha pasado en casa de Morisqueta, que Joaquinito Tinapá, dijo que si Pepa Frijoles y Antonio Tarugo tenían ó no que ver y esto descompuso la fiesta, porque los Morisqueta no quieren que se haga en su casa el amor mas que á sus niñas.

—¡Valientes niñas! Parecen unos paraguas... Alambres forrados de seda: Yo no sé como hay quien le gusta eso.

—¿Que nó? Mira quien viene por

la esquina... En nombrando al ruin de Roma...

—¿Cómo? Melifluo le hace el amor á alguna?

—Espérate que pase... Muy buenas tardes... Pues si; este, según me ha dicho Concha Plátano, se dedica á Carlota.

—¡Que gracia! El tan regordete y ella tan larguirucha, ¡parecerán la bola y el taco!

—Ahí viene Natationes á caballo... No te pongas colorada mujer... Si ya sabemos que es por tí.

—No creo....

—¿Que nó?... Adios... Mira, mira como vuelve la cabeza... Anda, otra vez... ¡Ay!

—¡Chica, también ha sido susto, creí que se caía!

—¿Ves tú como te interesa? Pero tonta, si la carromata no le ha hecho nada... La culpa es suya, que no monta bien.

—¿Cómo que no? Pues por eso que no le buscan siempre para las carre-

ras... Como que está á caballo dos horas seguidas y hasta es capaz de dormirse encima.

—¡Chica que enterada estás!

—Yo, porque me lo ha dicho la de Roquefort, ese extranjero que siempre lo tiene en su cuadra... Vamos, ahora te toca á ti *azararte*... ¡Digo! Y vienen los dos, como íntimos amigos... ¡Cuando no se podrán ver!

—Pero así les sale el coche mas barato y como ni Espoleta ni Balduque tienen mucho sueldo....

—Si; lo que és los tenientes y los oficiales terceros, allá se van... Oye, la verdad... á ti ¿cuál te gusta más?

—Chica, no sé que te diga; por la parte de la conveniencia, creo mejor á Balduque, porque si me casára con él y mañana ocurriese una desgracia...

—Si; siempre te quedaría tu monte, mientras que con el otro.

—Figúrate, hasta que ascienda... ya tiene que llover.

—Mira, no vale mentar la soga en

casa del ahorcado, ¿ves? ya están cayendo gotas.

—Pues cerremos... Oye ¿Porqué no te pasas aquí un rato y te enseñaré unas cosas que he recibido hoy?

—¿Qué cosas son esas?

—No te lo quiero decir porque hay moros en la costa.

—¿Dónde?

—Muy cerca de tí; como que lo tienes debajo y no lo sientes.

—¡Ola! ¿Con que hay curiosos en estos barrios?... Pues allá voy, para que tú sepas algo también.

.....

Desaparecieron mis vecinas para reunirse á poco en casa de Julia.

Tentado estuve, al final de su conversación, de desistir de mi propósito, en vista de las *puyitas* que á última hora me dirigieron; pero soy muy formal; prometí trasladaros su diálogo íntegro y conste que así lo hago.

Puede que me capte un par de antipatías femeniles por mi atrevimiento;

pero, la verdad, paso por todo, con tal de decirle á Julia, de una manera disimulada, que toca muy mal el piano y sobre todo, á horas inconvenientisimas.

EL COBRADOR

IRE V., Fernandez: es preciso activar el pago de esas cuentas que están muy atrasadas: es una vergüenza que estando á diecisiete, no haya V. realizado más que doce pesos, teniendo

en su poder desde el día primero más de seiscientos.

—Pero don Nicolás, si V. no sabe lo que trabajo. Todo el día me lo paso yendo de la Ceca á la Meca y uno, que si no tengo cambio; el otro, que vuelva V. otro día; él de más allá, que ha salido; este, que hablará con V. y cada uno con una disculpa, cuando no ha salido de *estampia* sin dejar rastro de su persona, me traen loco haciéndome andar más que el judío errante, y como si nó.

—Pués antes, yo no sé como me arreglaba con el indio que tenía, pero el caso es que me cobraba más. Es verdad que á lo mejor le soltaban un cogotazo por pesado; pero salvo ésto y que se me escapó con cincuenta pesos, me servía bien.

—Si está V. descontento de mí, don Nicolás, dejaré el destino, que á mí no me gusta servir á disgusto de mi principal.

—No, Fernandez, no sea V. fuguillas; ¿vé V.? por eso no tienen us-

tedes cabida en todas partes; con ese orgullito que todos tenemos sin poderlo remediar, nos perjudicamos mucho nosotros mismos. Ahí tiene V. porqué el chino tiene tanto partido: se le llama carabao, se le dán cuatro mojicones si á mano viene, y él, nada, tan sonriente y satisfecho. En fin, vamos á ver que tal se presenta el día de hoy:

***

—¿Se puede?...

.....

—¿Se puedeeee?...

.....

—¿Don Fulano de Taaaal?

.....

(Sale un *bata* y se queda mirando al visitante.)

—¿Está don Fulano?

—No s*abe*.

—Pregunta tú.

.....

—*¿Cosa?*

—*Dá tú con él* esta cuenta.

.....

—Que *vuelva* V. mañana.

—¡Eso es! Estamos á diecisiete y desde el mes pasado está diciendo lo mismo y mucho me temo que este mes pase igual. ¡Para seis miserables reales, me llevo roto un par de botas!

***

—Muy buenos dias.

—¿Que se le ofrecía á V?

—Esta cuenta que traigo...

—Yo no entiendo nada de eso, es cosa de mi señora: hable V. con ella. Pero ahora está bañándose: vuelva V. á las doce... No, á las doce comemos, es mala hora. A las trés... Tampoco, estamos de siesta y los animales de los *batas* entrarían á despertarnos por... ¿cuanto es?

—Doce pesos.

—Ya vé V., por esa miseria... Venga V. á las seis, aunque siempre salimos á paseo y no encontrará V. nadie en casa... En fin, venga V. cuando quiera, á una hora que no sea tan inoportuna.

***

—¿La señora de Pitín?

—Haga V. el favor de aguardar á que despache á este chino... *¿Cosa* esta puntilla, *suya?*

—Nueve *leale, señolia.*

—¡Ay que ladrón de mis pecados! Nueve reales. Pues si en la Escolta la compro yo á trés y es de primera.

—*Mejó ete que Ecota.*

—Vaya, dos reales y no hay más que hablar.

—*Jó, jó,* no *puele, señolia,* mucho *balato ese uno piso.*

—Dos reales y se acabó, me quedo con ella... Ahora voy (al cobrador) ¿Que se le ofrece á V?

—Esta cuentecita que me dijo V. el mes pasado que volviera á mediados de este...

—Si señor, si... (al chino). Pues nada, me quedo con ella por dos reales ¿eh?

—*Jó, jó.*

—Vamos, trés y no se habla más.

—*Sete.*

—Tres y medio... Toma y *sulung.*

—*Mueno, mueno... ¿Quiele minias, toballa, calesitine?...*

—No, déjame en paz.

—*Jó, jó.*

—¿Cosa?

—*Fata ete...* No tiene *má* que *té liale* y *sei cualta.*

—Bueno, también eres tú mi *suqui...* Lo que falta, de *coltesía,* como vosotros decís ¿eh?

—*Mueno, anió señolita.*

—Anda con Dios, hombre (al cobrador) ¿V. quería?...

—Nada, esta facturita.

—Ah, si; ¿á ver?... ¡Qué atrocidad, hombre! No tienen ustedes conciencia; dos reales una lata de mantequilla que ya se ha acabado!

—Señora, si la cuenta es de noviembre...

—De todos modos, en la calle Nueva la venden más barata... Diga V. al dueño que ya pasaré allí á ajustar cuentas con él... ¡Qué manera de saquear á una. ¡Ni que una lo robara! Nada, no pago sin hablar con él.

—Buenos días.

—Vaya V. con Dios.

***

—¿El señor Perez?

—Está en la oficina.

—Sí, pero como ya me ha dicho que allí no paga nada y que traiga la cuenta aquí...

—Bueno, pero será cuando esté él... Yo no pago nada si él no me lo dice.

—El caso es, que unas veces que vaya á una parte, y otras que vaya á otra, pasan los días y la cuenta no se cobra.

—¡Oiga V., só insolente! ¿Quién le ha dicho á V. que nosotros no pagamos?

—¡Señora!...

—Por eso me insulta V., porque soy una señora y no está mi marido que me defienda...

—¡Yo!...

—Sí, ya me quejaré á don Epifanio... ¿No es de don Epifanio la cuenta?

—No, señora.

—Ah, sí, ya me acuerdo, de *La Bética*, que hace un año nos está molestando por siete pesos miserables.

—No soy de *La Bética*, sino dependiente del almacén de don Nicolás.

—Es lo mismo, ya le diré á mi marido que se vea con él y le diga

que tiene unos cobradores muy groseros.

—Yo...

—Nada, hemos concluido.

***

—¿Se puede pasar?... ¿Don Antonio Lopez?... ¿No hay nadie en la casa?... Buenos días... *Oooy*... Vaya, aquí, ni los gatos responden; vamos á otro lado.

***

—Servidor de V.

—¿Qué se le ofrece?

—Esta cuentecita para don Hermógenes...

—Sí, me dijo que la pagara. ¿Cuánto es?

—Dieciseis pesos, cincuenta céntimos.

—¿No lleva pagado nada?

—Sí señor, cuatro reales, porque eran diecisiete.

—Está bien, pues tome usted otro medio duro: don Hermógenes no es partidario de no pagar.

—¡Ya lo veo!

***

—Aquí tiene V. don Nicolás.

—¡Cómo! ¿Medio peso por junto? ¿Es todo lo que V. me trae?

—Sí señor, las malas contestaciones y los disgustos se quedan para mí solo.

REINCIDENTE

OMO se marchó, lo sabemos los que fuimos á despedirle.

Si no se vá, se muere.

Se le había caído el país encima de tal manera, que parecía un gallego atacado de morriña.

¡Qué manera de contar los días! Vino con tiempo ilimitado, que para eso era paisano; pero el Gobierno se encargó de limitárselo, enviándole la cesantía, que recibió con más entusiasmo que el que tiene un estudiante cuando cobra el primer pleno.

Pero tenía que realizar: un cama de bejuco, una butaca como las de la Luneta, una mesilla de noche y chucherías que no valían dos cuartos.

Guardó su equipaje en una cómoda de alcanfor, de esas que se dividen y convierten en baules, y, á presentar la instancia en solicitud del pasaporte.

Las idas y venidas que tuvo que hacer, los veinte mil paseos de más que dió hasta que tuvo en su poder el bono de pasaje, la irritación que cojió á fuerza de insolaciones, todo le importaba un pimiento, con tal de poner agua por en medio de su persona y Manila.

Se fué y no volví á saber más

de él, no obstante los abrazos que me dió sobre cubierta y las promesas de escribirme, por lo menos una vez al mes.

Me expliqué su silencio; salió de Manila sacudiéndose el polvo de los zapatos y nada de particular tenía que, por no acordarse de Manila, se olvidara de mí.

Pero pasa un año y luego otro y, al tercero, me lo encuentro de manos á boca en la Escolta.

—¿Tu por aquí?—exclamé, lleno de la natural sorpresa.

—Sí, chico y lo peor es que vengo, porque yo mismo lo hé pedido.

—¿Como?

—Nada; llegué á Madrid y aquel no era el Madrid que yo dejé. Ya vés, yo, que estoy bautizado en el mismísimo San Ginés, me encontré tan forastero, que, hasta me birlaron el relój á los tres días de llegar, como á cualquier *Isidro*. Después, mi círculo del Café Oriental había desaparecido: unos se habían muerto, otros se habían casado, que viene á ser lo mismo, otros habían cambiado de guarnición ó de destino, y los pocos que quedaban desperdigados, en cuanto olieron que yo volvía de *Indias* y sin *parneses*, me miraban con lástima y no me hacían el menor caso. ¡Cómo está aquello, chico! No hay una peseta por ninguna parte...

Cuidado que yo, todos los días, al levantarme de la cama—una cama con colchones de lana petrificada, que me hacían cardenales en el cuerpo—siempre me acordaba de esto para renegar un poco; pues bien; á la vuelta de dos meses, ya no renegaba, al año lo echaba de menos, á los dos, pedía volver, y á los trés... ¡me tienes aquí!

—¡Vamos! Eso es que la reflexión te ha hecho mudar de parecer, haciéndote notar las injusticias que con el país cometías al tratarlo tan mal.

—¡No, hombre! ¿Qué ha de ser eso? Tal creía yo mismo hasta el cañonazo de fondeo, pero desde que puse el pié en tierra, volví á ver todo tanto ó mas negro que antes de irme... Verás; yo estaba allí, en primer lugar, cesante, así es que las monedas de á cinco duros no me sobraban, de modo que, comparando épocas, aquí, que no me faltó nunca un peso, me parecía delicioso. Luego, llegaba el verano y, como no vivía

en ningun hotel de Recoletos, las chinches me daban la noche, sacándome en procesión... Que después venía el invierno y Dios tiritaba y no había para un equipo de abrigo... ¡Pues claro que me había de acordar de esto, donde en Noche-Buena iba yo de madrugada tan campante con mi trajecillo blanco... ¡Cuidado que mi entresuelo de la calle de Basco era pequeño y obscuro y sin gran *confort*... Pues así y todo, cada vez que me acordaba de él se me saltaban lágrimas como melocotones, al verme en el cuchitril con honores de chiquero donde vivía por cuatro pesetas diarias, que, como recordarás, por allá valen dieciseis reales... Une esto á los desengaños sufridos, al enfriamiento de las amistades y á que el tiempo y la distancia todo lo embellecen, y comprenderás lo fácil que me sería olvidar mis primeros ódios para convertirlos en la más dulce esperanza.

¡Lo que trabajé para que me co-

locaran, no quiero decírtelo! ¡Ni el cesante de *La Calandria* dió más paseos al Ministerio que yo! Pero por fin, al cabo de interponer muchas y muy buenas influencias, conseguí embarcarme de nuevo, y... ¡aquí me tienes!

—No me lo dices con cara muy risueña.

—¡Toma! Es que no está la Magdalena para tafetanes. Empieza porque no hay manera de que cobre mis haberes de navegación. Todos reconocen mi perfecto derecho, pero, ó no hay cuartos ó falta algo por resolver; el caso es que vivo poco menos que de milagro... Si á esto añades que cuantos me hablan, parece que solo se proponen darme malas noticias... No pregunto por un amigo de la otra campaña, que no me digan que se ha muerto del cólera ó de calenturas, ó que lo metieron en el barco á puñados, para que la disentería ó la anemia no acabaran con él... Olvidado de los *humos* de

esta tierra con las democracias de allá, me sabe mal que algunos de los que eran entonces menos que yo ahora *se les dén* de persona conmigo... En fin, que así como antes renegaba de esto, ahora reniego de esto y de aquello, y sobre todo, de la vez primera que se me ocurrió pasar el charco, para vivir en países tropicales; porque, créeme; ¡desgraciado, del que, aunque gruñendo, se acostumbra á esta vida! Ya es imposible que esté bien en ninguna parte!

Me apretó nerviosamente la mano y se marchó, dejándome sumido en la misma duda que aquella amiga á quien visité á poco de su regreso y de que hablé no hace mucho.

CONVENIENCIAS SOCIALES

SALÍ á pié, como casi siempre, por varias razones: primera, porque no tengo coche. Y como se comprenderá, huelgan las demás; pero como en este pícaro mundo cada cual tiene su po-

quillo de amor propio y le gusta aparecer más de lo que és, no creo que me nieguen ustedes la satisfacción de buscar otras causas que aminoren el mal efecto producido por la primera, dicha, así, en seco.

Pués bién; salí á pié, porque aquí es muy conveniente el ejercicio y en esta vida tan aplatanada que se lleva, el que no anda un poco todos los días se vé expuesto á una anemia ú otro *apolillamiento* por el estilo, de la salud.

Justificada ante la sociedad esta presentación mía en público, sin ningún aparato de carruajes, caballos, cochero, lacayo y demás *necesidades* de la vida tropical, que no es más que el traslado de lo que yo iba pensando durante el paseo, ví que en sentido contrario al que yo llevaba, venía una familia, á la que tengo el gusto de conocer.

Y para mayor claridad en el relato, añadiré que no venía á pié como yo iba.

Con arreglo á las primeras leccio-

nes de urbanidad que todos recibimos, por más que á muchos se les olvide luego, llevé la mano al ala de mi sombrero y me descubrí políticamente.

Con una sorpresa solo comparable á la que sufriera si al meter la mano en mi bolsillo tropezara con una moneda, vi que mis conocidos, con cara de haber mordido limón agrio, me dejaron con el saludo en el aire, volviendo el rostro, ni más ni ménos

que si se hubiesen encontrado con un cuadro indecoroso.

Sencillamente; que *me tragué un botón.*

—¡Señor! ¿Qué es esto?—exclamé, mirándome á la ropa, por si algún descuido me hubiera dejado impresentable.

Pero nó; aunque con modesto traje, estaba todo limpito y abrochado, que daba gusto verme.

Por lo ménos, á mí me lo daba, y eso era lo principal.

Luego pensé si sería por el desnivel que acusaban ante el público su posición y la mía; ellos en coche, yo á pié.

Tampoco podía ser, pués á ellos les consta que yo sé que no han pagado religiosamente todos los plazos debidos para la completa posesión del *vehículo*, y si salen á la calle en piés agenos, no es porque tengan caballos, sino porque han adoptado el *cómodo* sistema de usar los de los demás, por el procedimiento siguiente, que no deja de ser injenioso:

Leen en un periódico que se vende una pareja de caballos: los mandan á buscar para *probarlos*, y así pasan los días, hasta que el dueño pregunta si les conviene ó nó.

Dicen que nó, por supuesto, y como tienen que devolverlos, en seguida al periódico en busca de otra pareja.

Pero en fin, yo soy muy tolerante con esas cosas y no voy á erigirme ahora en fustigador de la sociedad en que vivo: acepto á cada cual con los defectos ó virtudes que tenga, y aunque haga mangas y capirotes, me tiene sin cuidado.

Y entiendo que es mejor esta condescendencia con los demás, que no darles la mano muy afectuosamente y desollarles vivos en cuanto vuelven la espalda.

Mas volviendo á mi cuento, ó historia, porque es verdad lo que digo, añadiré que se me hacían los sesos agua á fuerza de pensar en lo que había podido motivar aquel *feo*.

Por fin pude caer en la cuenta y

comprendí toda la gravedad de mi pecado.

Hace bastante tiempo que habían ido á visitarme... Por cierto que fué en horas de trabajo y su atención me obligó á recuperar luego el tiempo perdido, haciéndome acostar después de media noche.

Estuvieron más de una hora, tan finos, tan corteses, tan atentos, hablándome de lo que pasa en Manila, de lo que le sucedió á Fulano, del teatro... ¡hasta de trajes! Figúrense ustedes lo interesante que sería todo esto para quién necesita emplear el tiempo en buscarse la *bucólica*.

¡Y, caramba! En verdad que me fueron á visitar el año pasado y yo todavía no he puesto los piés en su casa.

No digo negarme el saludo; atropellarme con *su* carruaje y *sus* caballos debieron, y todavía hubiera sido poco para castigar mi grosería.

Ahí es nada; un hombre que se pasa la mañana de *bigardeo* y la tarde

de *bureo* y la noche de *bandeo,* no dedicar á sus conocidos durante el día por lo menos una hora...

La del crepúsculo sería—y esto si que es aplicar el dicho de Cervantes con propiedad, modestia á un lado,—cuando me ocurrió el percance. Pues en toda la noche, el día siguiente y aun hoy mismo, no he dejado de pensar en ello, haciéndome la siguiente pregunta, que traslado á ustedes, para que la conteste el que sepa ó el que quiera.

De todas las personas que conocemos y con las que guardamos todas estas atenciones á que obligan las conveniencias sociales, tales como visita hecha, visita pagada, ¿cuántas responderán á nuestro llamamiento el día en que tengamos necesidad de ellas?

ENCARGUITOS

PUES nada, señora, si quiere V. algo para España...

—¡Como! ¿Se vá V.?

—Sí señora, en el primer correo.

—¡Qué lástima! Un hombre al que le sienta el país tan bien.

—Ahí verá V... Con que, si nó dispone V. otra cosa...

—Yo... Es decir... En fin, ya que V. es tan amable, le mandaré un encarguito para unas sobrinas mías que tengo en Chipiona... ¡Ay, que pícaro! ¡Como se le alegran los ojos...!

—Pero...

—Vamos, no venga V. ahora con disculpas. Al fin y al cabo V. es un hombre soltero y las chicas se encuentran en estado de merecer.

—Si nó...

—Y no están desnudas, no crea V., porque su padre tiene en Rota un plantío de calabazas, que es lo que hay que ver. Y eso dá mucho.

—Sí, aunque no sean más que pepitas...

—Pues mire V., una de ellas se llama Pepita, precisamente: andaluza más salada no se ha visto, y luego, un desarrollo... No se morirá esa tísica con seguridad.

—¡...!

—¡Y unos ojos! Es verdad—porque

yo no voy á engañarle á V.—que tiene una rija en uno, pero eso no es defecto al fin y al cabo; por lágrima de más ó de ménos no se desprecia una proporción.

—Pues...

—Sí, sí; le veo á V. *de venir*. V. querrá que le recomiende.

—No señora.

—Que diga que es V. un chico excelente.

—No señ...

—Pero no, es muy expuesto, hijo; mientras más amigos más claros; y Dios sabe si volveré á ver á V. en los días de mi vida, y si digo que es V. así ó *asao*, y una de las chicas se *encalabrina*, y luego sale con las manos en la cabeza, ¿qué dirían de mí? ¡Y con razón! Porque vaya V. á ver... Yo no digo... En fin... No me exija V. eso. Considere que una tía como yo... la sangre tira y tengo que mirar por las pobrecitas. ¡Ay Dios mío!

—El caso es...

—Acabe V.

—Que yo no voy á Chipiona.

—Pues hijo, haberlo dicho desde el principio... Pero eso no importa; cuatro *maritatas* llevará V. siempre y un día que no tenga nada que hacer, *coje* el tren y trás, trás... á Cádiz y de allí al pueblo es cuestión de nada.

—Es que me quedo en Madrid.

—Mejor que mejor, mire V.; así matamos dos pájaros de un tiro, porque allí tengo un primo, casado con una mujer muy guapa; como que llama la atención en todas partes y un día tuvo una cuestión, de la que por poco vá á la cárcel.

—¿Quién? ¿La señora?

—¡No hombre, por María Santísima! Julián. Porque mi primo se llama Julián, Julián Pérez... Si V. lo habrá oido nombrar de seguro, porque es más conocido que la ruda. ¿No conoce V. á Julián Pérez?

—¿Pérez? sí, conozco algunos, pero vaya V. á saber...

—Bueno; pues este Julián, que por cierto en mis mocedades me hacía arrumacos... ¡Y era una gran figura! Pero, yo fuí una tonta... Es claro, quince años... Á esa edad no sabe una lo que piensa, ¿verdad?

—¡...!

—Ya no sé lo que iba á contar... ¡Ah! sí... Total... imprudencias de su mujer... Porque una, cuando es prudente, se aguanta ciertas cosas para no comprometer al marido; pero ella, que tiene los cascos un poquillo á la gineta, una noche en el circo de *Price*... ¡lo que no es para contado! porque allí se armó una de *pé pé y doble ú*! Hubo bofetadas; el bueno de Julián, ¡pobrecito! sacó un bulto

en salva la parte y luego le quisieron prender los *amarillos*, y gracias á que estaba en el teatro con ellos un señor que les quiere mucho, y ha sido diputado y era amigo de Xiquena, que entonces estaba de gobernador... Fué cuando los petardos, ¿se acuerda V.? ¡Qué Madrid! No estaba una tranquilá nunca, porque, es claro, como en cualquier parte se encontraba una aquellas cosas, vaya V. á tener tranquilidad así... Pero está V. sudando, ¿qué es eso? ¿Se ha puesto V. malo?

—No señora, es que...

—¡Si; el tiempo que hace: no sé como hay cuerpo humano que lo resista! Yo estoy hecha un baño todo el día... Y el caso es que no hago nada.

—Sin embargo, cuando hace tanto calor, hasta el hablar cansa.

—¡Ay! No lo sabe V. bien.

—¡Ay! Si que lo sé! De modo que, si V. me permite...

—Yendo á Madrid, es lo mismo, ya se lo mandaré V.; cuatro cosillas...

Verá V... A Julián y á su mujer una docenita de *kakimonos* que compré en una almoneda; eso no abulta nada; un servicio de *chá,* que por cierto le falta una taza, porque un *bata*...

—Decía V., de *chá,*

—Sí y unos cuantos pañolitos de seda, que aquí no cuestan nada y allí se agradecen mucho. En cuanto á mis sobrinas, con tres piezas de seda cruda....

—Pero eso paga derechos.

—¡Qué derechos, hombre! Le dá V. cuatro ó cinco pesos á uno en Barcelona y se los pasa.

—O nó.

—¡Vaya, que se apura V. por unas cosas!

—No, pero si me detienen y me hacen declarar y me imponen una multa...

—Hijo, V. se me ha ofrecido, si nó, yo soy incapaz....

—¡Es verdad!

—Y, que, después de todo, eso cabe

en cualquier parte; mire V.: esto si que comprendo que es más fuerte, pero son compromisos que no se pueden evitar: Carlota, la del promotor, que se ha ido ahora á provincias, me encargó que cuando fuera á España alguna persona de confianza, le diése esa cómoda de alcanfor para llevársela á su suegro. Es una chica que se ha portado siempre muy bien conmigo y quiero servirla; por eso me he acordado de V.

—¡Muchas gracias!

—Luego, como tiene ahí alhajas, y unos mantones de Manila y qué sé yó cuantas cosas más, tengo miedo no me vaya á pasar algo, así es que le agradezco á V. con el alma y la vida que me quite ese peso.

— Y... ¿no se le ocurre á V. nada más?

—Nada, muchísimas gracias por todo y mire V., para que luego no haya prisas á última hora... mande V. por los encarguitos mañana, ¿eh? Por supuesto, sin compromiso, porque si nó.... ¿Lleva V. muchos encargos?

—¡Unos catorce, como el de V.!

—¡Qué atrocidad! Como se abusa! Vaya, que lleve V. un feliz viaje y... ¡Dios sabe si nos volveremos á ver!

—¡Yo creo que nó!

EL por qué de este misterio que se me presenta, no lo encuentro.

Claro es, que si diera con él, no habría tal misterio.

De modo que, puede decirse que comienzo por una perogrullada.

Pero aunque así sea, lo he de expo-

ner, para que se entretenga en resolverlo el aburrido lector, que prefiera este entretenimiento al de hacer solitarios ú otros pasatiempos por el estilo.

¿Donde está el verdadero capital, nó de las clases poderosas, que eso se sabe—ó se supone—sino de esa numerosísima clase media, que vá y viene y viste y pasea y come y hasta se permite ciertos lujos?

Cualquiera que vaya á un espectáculo público en días de esos, en que se dá cita el *grand monde*, ó concurra á un paseo un domingo, ó cualquiera otra fiesta de guardar, no podrá menos de admirarse ante el boato y fausto con que las gentes se presentan, dando con los hechos un mentís á todas esas quejas que á diario se oyen, de miseria del país.

Vais una noche por la calle, buscando un poco de brisa con que refrescar vuestros pulmones, y al par que estos reciben con delicia el

calmante ansiado y reparador de los calores del día tropical, vuestros ojos contemplan admirados, balcones y ventanas derramando chorros de luz, con cuyo auxilio se os presentan habitaciones amuebladas con lujo oriental, en las que se respira, no mediano bienestar, sino desahogo, rayano en la magnificencia.

Por todas partes grandes lunas, si costosas en Europa, aquí más, por los peligros del viaje; bordados japoneses, en los que el oro se recarga hasta el punto de solo ser comparable á las molduras que encierran cuadros, si de dudoso ó nulo mérito artístico, de precios exorbitantes; parásitas de rara belleza, estrambóticas y costosas fruslerías gravando airosas *etajeres,* derroche verdadero en lo supérfluo, que hace suponer, con sobrada razón, que las atenciones necesarias están cubiertas sin el menor esfuerzo.

Y, si el curioso no se contenta con lo que sus ojos miran por una

concha abierta, si penetra en el interior del domicilio, verá por todas partes servidores en tan gran número, que se duermen por no tener mejor cosa que hacer, y si pregunta salarios y categorías de aquel regimiento de criados, verá que hay limpios cocineros macaos que ganan veinticinco pesos por tres ó cuatro horas de servicio en la cocina y esto, ayudados de pinches para la *práctica* del ejercicio culinario; cocheros, con *sotas*, mayordomos, doncellas, sirvientes y los parientes y amigos de todos estos, que, por ley de la costumbre, también tienen un perfecto derecho á meter su mano en la morisqueta de aquellos, cuando llega la hora de comer.

Seguid escudriñando y no os detengan las cerradas puertas de los armarios.

Allí vereis trajes del mejor corte y la más rica tela, joyas de discutible valor; pero indiscutible brillo, encajes, que, si teneis la debilidad

de revolver, os ahogarán en sus oleadas... Por todas partes la riqueza, por todas partes el fausto.

Pero no parará vuestra sorpresa todavía: aún os queda para final, algo tan incomprensible como inesperado.

¿No sentís que la casa se ha movido bajo vuestras plantas?

No, no huyais; no es el temblor el que la echa al suelo; ¡es la Muerte!

La Muerte, sí, que sorprende en medio de sus trabajos al que sostenia todo aquello por esfuerzos titánicos de su voluntad y que, al perder sus facultades, rinde sus remos y deja caer, de un golpe, como castillo de naipes, todo el vasto y suntuoso edificio.

No más servidores yá; no más refinamientos de la molicie y del lujo; desapareció aquel que llevaba lo que hacia falta para atender á tantísimo gasto, y las juntas de médicos, las listas de medicamentos y los últimos tributos de la vida, ren-

didos, conforme á lo que exigía el *rango,* llevároнse hasta las escurriduras de lo que restaba.

Armarios vacíos, estuches desprovistos de sus alhajas, montones de papeletas de préstamo irrenovables, dos ó tres figuras enlutadas saliendo á pié para siempre por una puerta que pasaron miles de veces en coche, y la pública almoneda encargándose de recoger unas migajas para satisfacer á acreedores, que, trás de dejar desnudo al deudor, maldecirán todavía de él, por no haberle cobrado el completo de las cantidades por que estaba en descubierto.

Y el esplendor de pasados días se convierte en miseria, que vá llamando de puerta en puerta, en demanda de socorro que, ó se niega ó, lo que es más doloroso, se dá ofendiendo á quien no cometió otro delito que vivir al dia, sin poder guardar para el mañana.

EL PRIMERO, amar al propio individuo sobre todas las cosas, cuidarlo mucho é ir estudiando la mejor manera de alcanzar el título de *egoista*.

—

El segundo, no jurar ni incomodarse fuertemente con nadie, porque esto puede perjudicar á la salud.

—

El tercero, ver la manera de que sean fiestas todos los días del año, yendo á este *catapusan,* á aquel *bailuhan,* al *fiestahan* de más allá; en fin, divertirse todo lo posible.

—

El cuarto, no tener ley ni á la camisa que se lleva puesta:—cuando se lleva—los cariños siempre traen quebraderos de cabeza.

—

El quinto, matar el tiempo entre la botellita de cerveza, la tertulia del almacén y el paseo por la Escolta, con traje blanco, sombrero de paja y palasan con peso de dos mundos en el puño.

—

El sexto, no olvidar nunca que en Filipinas hay que guardarse del abuso de las tres *eses*. Sol, sereno y sayas.

—

El séptimo, tratar de que todos vivimos cómo podemos y que el que no tiene dinero puede usar *vales*,... si le fían.

—

El octavo, no dejar titere con cabeza, procurar que la lengua se convierta en un hacha y destrozar reputaciones siempre que haya lugar para ello.

—

El noveno, procurar que la posesión vaya inmediatamente en pós del deseo, pues si aquella se hace esperar mucho, este decae y la perezosa tira al descanso con una exigencia imposible de vencer.

—

El décimo, resolver el *problema* lo más pronto posible y si no sale la cuenta, maldecir de los que hacen fortuna, sentando por supuesto siempre, que la hacen de mala manera.

***

Estos diez mandamientos se encierran en dos.

Uno, por el que se contrae la obligación de hablar siempre pestes de las cosas de *allende* y de las de *aquende*.

Otro, que impone el estarse tumbado á la bartola todo el santo día, medio en cueros y con los piés siempre por lo alto, pensando en que la bondad de Dios es infinita, puesto que consiente que haya *primos* que se matan trabajando, para que otros se estén rascando el sarpullido, en la seguridad de que nunca ha de faltarles la morisqueta de cada día.

pues todo está en saber llorar lástimas, pedir recomendaciones, ó dar sablazos á tiempo.

FIN

INDICE

	Páginas
Cubierta	
Anteportada	
Portada	
Dedicatoria	v
El combarcano	1
Madrid-Manila	9
Filosofía natural	17
Calenturillas	25
La caida de la tarde	31
Baguio frustrado	39
De "flaneo"	45
Un problema	53
Eclecticismo	61
El cuervo	67
La Venus de cobre	77
¡A broma!	85
Himnos, premios y discursos	95
En el Martillo	103
La nueva	111
Economías	119

Páginas

Caprichosa 129
A beneficio de..... 137
¿La excepción?..... 145
A vista de personaje..... 153
En la perezosa..... 163
La vuelta..... 171
Servidumbre doméstica..... 179
De balcón á balcón. 189
El cobrador 197
Reincidente..... 207
Conveniencias sociales..... 215
Encarguitos 223
Al día..... 233
Mandamientos tropicales..... 239
Indice..... 245
Anuncio..... 247
Colofón..... 249

ANUNCIO

—

PUBLICACIONES DE MANUEL M.ª RINCÓN

—

Cinco meses en Mindanao.
Romances de ciego.
Cháchara.

EN PRENSA

—

Coplas de Calainos. (*Segunda serie de* Romances de ciego).
Cinematógrafo manileño.

EN PREPARACIÓN

—

La Musa Filipina (discusión literaria).
De re teatral.
Dos familias.

✠

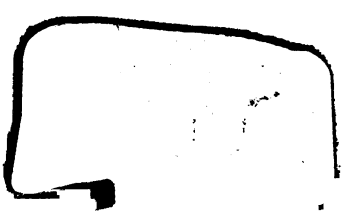
MANILA

SIETE DE OCTUBRE

DE MIL OCHOCIENTOS NOVENTA Y SIETE

ESTABLECIMIENTO TIPO-LITOGRÁFICO

DE CHOFRÉ Y COMPAÑÍA

—

G. A. D.